

LA LEGIÓN DE MARÍA
Y
LA VIDA ESPIRITUAL

1966

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	3
LA LEGIÓN DE MARIA Y EL DIRECTOR ESPIRITUAL	4
LA VIRTUD DE LA CARIDAD Y LA FORMACIÓN DEL LEGIONARIO	9
EL ESPÍRITU SANTO Y LA ESPIRITUALIDAD DE LA LEGIÓN	17
LA LEGIÓN Y LA ORACIÓN	24
LA LEGIÓN Y LA PERSECUCIÓN	32
EL SACERDOTE DEBE TENER SOCIOS	39

INTRODUCCIÓN

En mayo de 1958 se celebró en Athlone una asamblea de directores espirituales de la Legión de María. El tema general que en ella se trató fue la Legión de María y la Vida Espiritual. La idea primordial de esta asamblea fue la ayuda que se debía prestar a los directores espirituales, para concentrar la atención de los Praesidia en el fin principal de la organización, que no es otro que la santificación de sus miembros. El éxito de la asamblea apareció bien claro en el curso de las animadas discusiones que tuvieron lugar, y esto, a su vez, nos movió a la publicación de las ponencias leídas. Ofrecemos, pues, muy humildemente estas ponencias a otros directores espirituales ya los miembros de la Legión, esperando que les sirvan de provecho, y que puedan sacar fruto de ellas y profundizar y ampliar con ellas su caridad.

LA LEGIÓN DE MARIA Y EL DIRECTOR ESPIRITUAL

RVDO. DONNCHADH O'FLOINN

El papa Pío XI anunció la fundación providencial de la Acción Católica para efectuar la movilización total de los fieles contra la estrategia anticristiana de conjunto que hemos visto desarrollarse en nuestros días. Como parte principal de esta movilización total, los sacerdotes debemos comprometernos a formar a todos los fieles para la labor del apostolado. Por eso, no hay que ilusionarse con que la Iglesia vaya a encontrar un medio para entablar la lucha contra el mal, fiándonos en nuestros esfuerzos y preparación profesional, si mientras tanto el pueblo permanece fiel de una manera pasiva. Somos hombres que acatamos la autoridad y debemos obrar sometiéndonos a ella.

Al preparar al pueblo para que nos ayude en nuestra labor apostólica, no menospreciamos nuestra dignidad sacerdotal ni aligeramos nuestra responsabilidad como ministros del Señor. Muy al contrario, eso significa que queremos y debemos emplear métodos más enérgicos para dar nueva vida a la antigua rutina del apostolado. De aquí en adelante, hemos de enseñar no sólo en el púlpito y en la clase, sino, imitando a nuestro Señor, también en la intimidad de las consultas. Debemos ponernos en contacto no sólo con los que espontáneamente se acercan a nosotros, o con los que buscamos con nuestro celo, sino también con aquella multitud de almas, retraídas o mal dispuestas con el sacerdote, a las que podemos influenciar solamente por medio de ayudantes instruidos y leales.

Estamos aquí reunidos para tratar de exponer lo que se exige de nosotros como directores de la Legión de María. Pero hemos venido para convencernos de que es necesaria una asamblea de esta clase porque, aunque el *Manual* de la Legión habla con suma delicadeza sobre lo que se espera de nosotros, diciendo muy poco *expressis verbis* sobre nuestras obligaciones como directores, podemos observar que lo poco que dice lleva consigo la deducción de que nos ayudará para seguir trabajando.

Así, por ejemplo, el *Manual* dice que el director es el resorte principal del Praesidium, que ve en él el principio animador de su espiritualidad. Ahora bien, la efectividad de un resorte se juzga por el fin del mecanismo en que se emplea, y el fin del mecanismo de la Legión es la santificación de los miembros de esta Legión. Además, el sacerdote no puede ser el principio animador de ninguna espiritualidad si no posee, además de caridad y prudencia, un conocimiento interno de esa espiritualidad. Se espera que esta asamblea nos muestre hasta la evidencia, a nosotros y a nuestros compañeros sacerdotes, que la gran gracia que proviene de ser director espiritual de la Legión, es la que nos hace conocer y *vivir* la espiritualidad de la Legión.

Y sin embargo, precisamente al llegar a este punto, muchos de nuestros hermanos vacilarán. ¿Acaso se espera que reorienten su habitual vida sacerdotal por las prescripciones de una organización de seculares? Por lo tanto, lo primero que debemos hacer, si queremos que nuestros hermanos sacerdotes entren en nuestras filas, es convencerlos de que la espiritualidad de la Legión no contiene en absoluto nada esotérico o extravagante, sino las doctrinas católicas fundamentales que el Espíritu Santo ha puesto de relieve como de suprema importancia para la fase actual de la misión de la Iglesia. Lo único que hace la Legión es procurar que los fieles ordinarios conozcan la influencia que pueden ejercer en su vida diaria estas grandes verdades relacionadas entre sí.

Estas grandes verdades que constituyen el conjunto básico doctrinal del *Manual* de la Legión son: La Santísima Trinidad; la Paternidad de Dios; el Cuerpo Místico de Cristo; la misión temporal del Espíritu Santo; que María es Madre de Dios y Madre de todos los hombres; que es la Mediadora de todas las gracias.

El *Manual* no es *ex profeso* un manual de meditaciones, aunque muchos de entre nosotros lo han usado como tal; pero al presentarnos estas verdades separadamente,

haciéndonos ver la conexión de unas con otras y cómo podemos vivir aplicando la doctrina que en sí encierran, produce en nosotros lo que cualquier otro manual, de buenas meditaciones. A la verdad, ése es precisamente el beneficio que los legionarios bien informados reconocen haber recibido por ser miembros de la Legión, aunque no sean capaces de especificarlo y analizarlo. El pertenecer a la Legión les ha hecho corregir el conocimiento fragmentario que temen de la fe. Desde los días en que aprendieron el catecismo, muchos de nuestros fieles recuerdan, capítulo por capítulo, el compendio de nuestra fe; pero jamás han reflexionado sobre la relación que tienen unos capítulos con otros. La Trinidad, la Encarnación, la Iglesia, la Eucaristía, la Madre de Dios. De estas verdades sólo tienen un conocimiento aislado de cada una. Sin embargo, el legionario más ordinario, que ha llevado consigo el *Manual*, se dará cuenta de la conexión que existe entre ellas, y cuando; por ejemplo, oye misa, comprenderá que toda la Iglesia está ofreciendo a una con él mismo, y de que el Espíritu Santo está santificando la ofrenda, y de que el Eterno Padre se inclina para aceptarla, e intentará que su Madre María haga los momentos a favor suyo y por todos los vivos y difuntos, y se percatará de que todas las almas, hasta los confines de la tierra, pueden recibir ayuda de sus actos. Así también, la devoción a la Virgen ganará en anchura y profundidad más allá de los límites que ordinariamente la confinan -la mera alabanza como lo más grande entre todos los santos y la mera petición-, pues se habrá visto forzado a conocer algo de sus maravillosas relaciones con las divinas Personas y de sus funciones en el cuerpo místico, y de su interés por las almas que ella desea confiarle. El fin de esta ponencia es demostrar cómo el sacerdote puede también santificarse a sí mismo siguiendo humildemente el mismo camino, y anunciar las principales características de la espiritualidad que le hará, a primera vista, el director espiritual ideal de la Legión.

El cristiano empieza su servicio de legionario haciendo la Promesa, que es una entrega deliberada de sí mismo al Espíritu Santo, como instrumento humilde para la realización de sus poderosos fines. El director espiritual podía también, dada la ocasión, hacer la Promesa en presencia de sus legionarios, porque esto, reforzando la unión entre sí y los legionarios, reavivaría su fe en la acción del Espíritu Santo en todos y cada uno de los actos de su ministerio. El Espíritu Santo, además, es el divino lazo de unión; en su misión temporal, El es, asimismo, el principio unificador del cuerpo místico: “*etenim in uno Spiritu omnes nos in unum corpus baptizati sumus*”¹. Por tanto, para el sacerdote, el vivir la Promesa de la Legión sería tanto como vivir como perfecto sacerdote, sería tanto como vivir una serie de unificaciones, darse cuenta de que nunca está solo, jamás aislado o independiente o autosuficiente, sino siempre como parte de un todo, siempre como socio en esta gran combinación de personas increadas y creadas. Veamos, pues, cómo el sacerdote que se esfuerza en formar a sus legionarios según el espíritu del *Manual*, recibe la ayuda para este ideal de vida sacerdotal.

La primera unificación que nuestro ministerio demanda, y de la que nuestro contacto con nuestros legionarios es un recordatorio semanal, es con la Santísima Trinidad. En el altar, nos inclinamos y reconocemos que nuestro acto de consagración debe efectuarse en virtud de la bendición del Espíritu Santo, -“*Veni, Sanctificator, omnipotens aeterne Deus*”- y, siendo como somos pecadores, nos atrevemos a presentar al Padre el sacrificio sin mancilla de su Hijo. Asimismo, en la fuente bautismal y en el confesionario, obramos “*in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti*”. Ahora bien, cuando, como directores, ayudemos a nuestros dirigidos en el curso de las páginas del *Manual* que describen a grandes rasgos las relaciones de nuestra Señora con cada una de las Personas divinas, encontraremos que nuestra vida interior se halla cada vez más dominada por la Trinidad y que nos damos cuenta de cómo, en nuestros ministerios diarios, estamos formando a Cristo y haciéndole nacer en las almas, como si el Padre nos estuviese permitiendo imitar, además, su eterna paternidad. Con la verificación de

¹ 1 Cor 12, 13.

todo esto, debe venir también la inspiradora idea concreta de que el modelo creado de nuestra vida sacerdotal es María misma, en su total dedicación propia, en su comunión sin fin, en su divina maternidad.

También nuestro oficio divino y toda nuestra vida de devoción -nuestra meditación, nuestras visitas al Santísimo, nuestros rosarios- pueden adquirir esta cualidad trinitaria, y cuando estemos secos y deprimidos, aprenderemos a hacer de nuestra oración un simple amén al amor substancial del Padre a su Hijo ya la adoración encarnada del Hijo al Padre y a la exultación del Espíritu Santo.

En vista de las vitales relaciones que existen entre nuestra Señora y las divinas Personas, es de esperar que un miembro fervoroso de una asociación mariana como la Legión, pueda llegar a este penetrante conocimiento de la santísima Trinidad. Los papas han dicho que el honor que se tributa a María redundará "*ad honorem sanctae et individuae Trinitatis*". Aun antes de que el *Manual* dedicase una sección especial al *Legionario y la Santísima Trinidad*, la espiritualidad de la Legión exigía, a ojos vistas, este especial ingrediente. Edel Quinn vio bien claro la necesidad de todo esto. Nuestra Señora fue la primera a quien se dio a conocer la gran verdad: con ella se iluminó su vida interior. Es imposible que quiera que su Legión sea el medio para separarla de la esfera del misterio inaccesible. De todos modos, el director espiritual que ha visto que sus legionarios reaccionan a su impacto práctico, será el más indicado para llevar el mensaje fructífero, desde la sala de juntas hasta el púlpito.

La segunda gran unificación que nuestro oficio de directores espirituales nos induce a proponer a nuestros legionarios -y a conseguir para nosotros mismos- es la unión con María nuestra Madre.

Es probable que la mayor parte de nosotros tenga que admitir que nuestro contacto con la Legión nos introdujo en esta práctica. No fue culpa nuestra ni de otro alguno, sino más bien un defecto de nuestros tiempos, el que nuestra juvenil devoción a nuestra Señora no tuviera fundamentos sólidos, basados en la teoría dogmática. El resultado es que la práctica de la devoción de la unión con María, en la cual se insiste innumerables veces en el *Manual*, puede aparecer extravagante y sentimental a los que no conocen bien la Legión. Muchísimos de entre nosotros nos hemos hecho a considerar a la santísima Virgen como algo accesorio a nuestra vida espiritual, algo así como la última plática sobre la santísima Virgen, que estamos acostumbrados a oír al terminar nuestros Ejercicios a Sacerdotes. Qué poco reparamos en textos que proceden de autoridades como san Pío X: "En el mismo seno santificado de su castísima Madre, Cristo se hizo carne y se unió a sí mismo con el cuerpo espiritual de aquellos que iban a creer en El. De ahí que María, que llevaba consigo al Salvador, pueda decirse que llevaba también a aquellos cuyas vidas estaban incluidas en la vida del Salvador". Una unión de tan gran intimidad y dependencia, lejos de ser una mera devoción imaginaria de un individuo, es sencillamente el modo que tiene Dios de salvarnos, y es el principio, aun en sentido cronológico, de la imitación de Cristo. La unión con María, pues, que es el gran motivo de la Promesa de la Legión, no es un ejercicio discrecional de piedad, sino una parte necesaria de la economía de la gracia, un saludable efecto que puede incrementarse con su aceptación consciente y completa. Para nuestro bien y para que sirva de guía a nuestros legionarios, todos deberíamos leer atentamente y en espíritu de oración el inspirado comentario sobre la materia que hace el cardenal Suenens glosando la Promesa. Pero, para asimilar más completamente esta materia, y para acumular temas para muchas conversiones, podíamos hojear el *Manual* por cuenta propia y hacer nosotros mismos una lista de los muchos medios por los que esta unión con nuestra Señora debería manifestarse en la vida del legionario -sacerdote o seglar-. Esta lista podía ser la siguiente:

1° Nuestra unión con María es la unión del niño con su madre, que sobrepasa en intimidad la relación natural, tanto como la vida sobrenatural a la natural.

2° Nuestra unión con ella debería ser la de la esclava con su señora.

3° Debería incluir la unión de entendimiento, de suerte que mi entendimiento estuviese habitualmente ocupado con ella, “respirando a María como el cuerpo respira el aire”.

4° También unión de corazones: Amo solamente lo que ella ama, deseo lo que ella desea, porque “su corazón y el mío son uno”.

5° Unión en espíritu de humildad.

6° Ella y yo somos uno en la intención: Estoy a una con la voluntad de María para salvar al mundo.

7° Unión de cooperación: ella y yo trabajamos en doble equipo.

8° Unión de oración: ella ora conmigo y yo con ella, como los apóstoles y ella en Pentecostés.

9° Unión de intenciones: no tengo yo intenciones distintas de las suyas.

Y esa lista no puede ser de ningún modo completa. El hecho es que el *Manual* es tan rico en referencias a la unión del legionario con María, que no se ha intentado hacer una lista de ellas.

La alusión, en el apartado 2° de la lista anterior, a la fase esclava-señora demuestra la unión con María, e indica que debería decirse algo sobre la Verdadera Devoción que la Legión encarecidamente recomienda a sus miembros sin prescribírsele. Aunque los legionarios son libres para no practicarla, la Verdadera Devoción es una sola cosa con la espiritualidad de Legión en su conjunto. La pequeña fórmula de consagración que todos y cada uno de los legionarios recitan en la ceremonia del Acies, no incluye necesariamente la total dedicación que el esclavo de María intenta; puede llevar consigo nada más que el reconocimiento del lugar que tiene María en el plan de nuestra salvación. Sin embargo, aunque esto debería aclararse en la plática que se tiene antes de la dedicación, se debe también hacer hincapié en que es deseo de la Legión que todos los que toman parte en el Acies piensen seriamente durante el siguiente año en poner en práctica la Verdadera Devoción, de tal suerte, que cuando se vuelva a reunir el Acies, puedan ellos pronunciar la fórmula, entendiendo completamente su significado.

Hay que hacer constar, por supuesto, que hay muchas personas buenas que no se deciden a hacer esta consagración total, y su libertad debe ser respetada. Pero creo que el hecho de que la Legión propague esta práctica es otro ejemplo de aquellos acuerdos providenciales entre la espiritualidad de la Legión y las doctrinas que recalca la Iglesia en nuestros tiempos. ¿No es la Verdadera Devoción un reconocimiento práctico de la doctrina de la dignidad de nuestra Señora, como reina? A medida que la posición de nuestra Señora como reina llega al conocimiento pleno de los fieles, la Verdadera Devoción será estimada no como una exageración de la devoción a María, ni siquiera como un ornamento de ella, sino como una reacción deseable y hasta normal de los católicos ante la realización del dominio suave de la Señora sobre ellos. ¿Qué es, después de todo, sino nuestra pobre manera humana de procurar imitar lo que las divinas Personas han hecho por ella?

La tercera unificación que demanda la espiritualidad de la Legión es, por supuesto, la unión que existe entre la cabeza y los miembros del cuerpo místico de Cristo. Nuestros más ordinarios legionarios reconocen en esto la mayor gracia que su calidad de socios les ha comunicado. Narrarán cómo ha llenado sus vidas con la dulce presencia de nuestro Señor, y cómo se encuentran ahora incapaces de mirar a ningún hombre como si fuese un extraño para ellos; cómo ha dulcificado sus relaciones con otros y su conducta humana; cómo les ha dado la idea de triunfar en todos y cada uno de los momentos de su vida; y ha dado más amplitud a sus oraciones; y ha hecho que el efecto de sus comuniones les durase todo el día; y les ha conseguido que fuesen insípidas sus antiguas disipaciones y diversiones. Cuando el vivir la gran verdad hace tales cosas por el cristiano ordinario, ¿qué no hará por el sacerdote, cuya vida entera y cuyo oficio no es otra cosa que ejercer su ministerio en el cuerpo de Cristo, tanto en el eucarístico como en el místico? Creo que todos nosotros admitiremos que hemos recibido un gran fruto de nuestros legionarios en nuestros esfuerzos por formarlos según las

enseñanzas de esta verdad. Pues, cuando los fieles se agrupan alrededor del confesionario y llenan las gradas del comulgatorio, podemos tal vez ser descuidados y displicentes y hasta impacientamos, y hasta ser poco caritativos, y aun olvidar que, después de todo, nuestras largas horas de trabajo en nuestros ministerios se concentran en esta y en la otra alma individual. Pero al oír, semana tras semana, lo que nos cuentan con sencillez nuestros legionarios, al relatarnos sus contactos individuales con sus compañeros en Cristo y sus esfuerzos por ser amables y respetuosos con ellos, nos damos cuenta de que la doctrina del cuerpo místico, tan al vivo creída, puede transformar la cualidad de nuestros ministerios. Es inevitable que el director espiritual que hace cuanto puede por formar a sus dirigidos según las máximas de la verdad salvadora, hallará pronto que tiene un nuevo consuelo en la misa, en el oficio divino, en las oraciones y en sus obras de abnegación. Pronto advertirá que su parroquia es, de algún modo, el universo, y que sus intereses e intenciones tienen tanta amplitud como las de san Pablo o san Francisco Javier, o -si puedo así expresarme- de Edel Quinn.

Esta ponencia ha presentado solamente algunos de los rasgos característicos de la espiritualidad de la Legión, a los cuales se debe atener el director espiritual, pero hay otros muchos. Y no se ha dicho nada de aquellas virtudes por las que esta espiritualidad imprime su sello en el apostolado -fe intrépida, humildad y amabilidad marianas, fortaleza en las dificultades y perseverancia tenaz-. Todas estas cosas, más bien que las reglas inmutables y el ritual, son las que dan ala Legión aquella fisonomía característica, por la cual los legionarios se dan a conocer en el mundo entero. Pero por lo que hemos dicho, debe aparecer claro que cuando el director espiritual se esfuerza por cultivar el espíritu de la Legión de María, no hace otra cosa que pertrechar al alma católica con las armas que necesita para la nueva fase de la lucha de la Iglesia.

LA VIRTUD DE LA CARIDAD Y LA FORMACIÓN DEL LEGIONARIO

RVDO. K. Mc NAMARA

“La Legión está cimentada en primer lugar sobre una gran confianza en Dios y en el amor que nos tiene a nosotros sus hijos”.

(Manual de la Legión de María)

Este enunciado, tomado del Manual de la Legión, indica el origen profundo de donde la Legión deriva su inspiración. La Legión va directamente a lo que es más profundo y más se distingue en la cristiandad, al misterio de la divina caridad. Va principalmente hacia este misterio y trata de que todos y cada uno de los legionarios dirijan hacia él sus ojos. Les invita a contemplar fijamente el amor, que es como el corazón de la religión, cristiana.

El apóstol Juan, el discípulo a quien amó Jesús, nos transmite el contenido esencial de la fe cristiana en la notable afirmación, *Dios es amor*. Este mensaje fue la *buena nueva* del Evangelio de Jesucristo. Aquí está incluida, en gran manera, la originalidad de la fe cristiana y su profundo atractivo para el corazón humano. Para el cristiano, el velo que oscurece la naturaleza de Dios al entendimiento humano, aunque no desaparece del todo, se hace sin embargo más ligero y fácil de penetrar. Por la luz de la fe, el cristiano ve a Dios, como a Padre amoroso; y alcanza a percibir nuevas relaciones entre Dios y el hombre. El amor divino levanta al alma que cree en Jesucristo a una intimidad jamás oído. La paternidad de Dios que, aun en las mejores circunstancias, no era sino un vago sueño para el mundo pagano, se convierte en una realidad, y para el cristiano, en la realidad que transforma por completo la existencia humana. “Así, después de la creación del mundo”, escribe san Pablo en la Epístola a los romanos, “conocemos sus atributos invisibles, aprehendidos mediante las criaturas, tales como su eterna omnipotencia y su divinidad”. Pero solamente los cristianos han conocido la sorpresa sin fin y la alegría de ser invitados a una amistad íntima. “Mira que estoy a la puerta y llamo. Si alguno escucha mi voz y abre la puerta, entraré en su casa, cenaré con él y él conmigo”. Tal condescendencia e intimidad en las relaciones de Dios con los hombres, son una cosa natural para la fe cristiana y sólo para esa fe. Pertenecen al misterio de la divina caridad, de la cual Jesucristo es la encarnación visible.

Dios, nuestro. Señor y Salvador, nos invita a amarle como a padre y amigo. Junto con esta invitación, viene la oferta de la potencia sobrenatural o la capacidad de habilitarnos para responder a los divinos requerimientos. Esta nueva potencia es la virtud de la caridad. Si no nos hubiera dado Dios la virtud de la caridad, seríamos impotentes para entrar en relaciones de amor, a las que El nos ha llamado en Cristo Jesús. Nuestra posición no sería distinta de la de un cielo invitado a admirar un bello paisaje. Sin el sentido de la vista, los más atractivos panoramas dejan de encantarnos y no son otra cosa que un árido desierto. Sin la virtud de la caridad, el cristiano es impotente para responder a los requerimientos de amor que Dios le hace. Por eso, Dios viene en su ayuda, dándole esta virtud, que es la participación de su amor infinito. Como dice san Pablo a los romanos: “El amor que Dios nos tiene se ha derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que nos ha dado”. Así, pues, Dios no sólo nos invita a amarle, sino que nos regala su mismo amor para que le amemos con él. Aquí podemos sorprender un ligero vislumbre de la belleza e influjo de la caridad. La caridad procede de arriba, no de abajo. No brota del suelo de la natural bondad humana, ni siquiera como de la flor más rara y hermosa. Más bien desciende sobre el hombre desde lo más íntimo de la santísima Trinidad. Por fin, es la participación de la vida interior de Dios mismo, pues Dios es amor, como nos dice san Juan expresamente en dos ocasiones distintas. En otra parte escribe: “El amor procede de Dios. Y todo el que ama es nacido de Dios y a Dios conoce”.

Este, pues es el amor de Dios que la Legión coloca en el centro de su espiritualidad. Al hacer esto, la Legión se muestra completamente fiel al mensaje del Evangelio. Pues el

cristianismo es, sobre todo, amor, sin amor, el cristianismo, sencillamente, no existe. “Si hablo todas las lenguas de los hombres y de los ángeles, pero no tengo caridad”, escribe san Pablo, “soy como bronce que suena o címbalo que retiñe. Y, si tengo el carisma de la profecía y conozco todos los misterios y todas las ciencias, y, si tengo tanta fe como para trasladar los montes, pero no tengo caridad, no soy nada. Y, si reparto toda mi hacienda entre los pobres y entrego mi cuerpo a las llamas, pero no tengo caridad, no me sirve eso para nada”. El efecto de la virtud de la caridad en el alma hace que ésta se someta a los planes de Dios y se dirija hacia el fin al que Dios la llama, es decir, hacia la visión beatífica. La virtud de la caridad coloca al alma en su propio lugar, le da cierto orden o *forma* interior, haciéndola agradable a Dios y atrayéndola, por así decirlo, en dirección a Dios. Esto es lo que significa el aserto, frecuentemente oído en recientes discusiones de teología moral, de que caridad es la forma de las virtudes. Donde falta esta cualidad fundamental el alma, hasta las más grandes virtudes, como san Pablo exclama enérgicamente, carecen de todo valor para la salvación del hombre. Mientras un aeroplano no vaya en la dirección del lugar adonde se encamina (no importa ni su velocidad ni la comodidad de los viajeros), éstos no llegarán a su destino. De una manera semejante, todo cuanto se realiza sin la virtud de la caridad, por más excelente que sea, es en sí inútil en cuanto concierne a dirigir al hombre hacia su último fin. “Pon caridad en un corazón, y todo aprovecha”, dice san Agustín. “Quítale la caridad, y nada aprovecha”.

Por eso, la Legión coloca la caridad cristiana en el centro mismo de su programa. Más adelante, la Legión enseñará a sus miembros los que la posesión de la caridad significa para sus vidas. El amor, por su misma naturaleza, busca el estar lo más cerca posible de su objeto; empuja sin cesar hacia adelante, luchando contra la resistencia que la perversidad humana pone constantemente contra él. La caridad es una semilla divina, plantada en el corazón del hombre; escondido dentro de esta semilla hay un acopio inagotable de vida y virtud. Es una chispa de fuego que tiende a convertirse en una potente llama, que quema intensamente en lo más recóndito, del corazón.

La caridad debe crecer, y no crecerá sino con el ejercicio. No podemos nosotros aumentar la caridad en nuestras almas; nuestros esfuerzos más intensos son incapaces de añadir un codo a nuestra estatura sobrenatural. Pues todo aumento de caridad, como la caridad misma, procede de arriba, de Dios solamente. Sin embargo, nosotros tenemos también que tomar parte. Debemos usar lo que ya hemos recibido; debemos activar el grado de caridad que tenemos actualmente en nuestras almas. Al hacer esto, nos disponemos a más abundantes dones, que el divino amor indefectiblemente otorga. La Legión ha acogido esta gran verdad con ambas manos y la ha presentado claramente ante los ojos de sus miembros. La oración que se dice al terminar las reuniones y que rezan todos los días los miembros auxiliares de la Legión, contiene en sí una petición que vale por muchos sermones. “Concédenos una fe viva” -rezan los legionarios- “animada de la caridad, que nos preparará para ejecutar todas nuestras acciones por motivos de puro amor de Dios”. Aquí manifiesta la Legión a sus miembros el secreto del servicio perfecto de Dios; todas y cada una de nuestras acciones deben estar movidas por el más puro amor de Dios. Este programa, seguido con resolución, le lleva a uno a la perfección de la caridad. Día tras día crece el amor en el alma, y, al crecer, purifica todos los afectos e inclinaciones, y vuelve a establecer en el alma la unidad y la armonía que el pecado original destruyó. Una pieza de hierro metida en el fuego asume las características de resplandor, calor y poder del mismo fuego; algo semejante ocurre con el alma impregnada de la caridad divina. Decimos que tal alma es perfecta, no con aquella perfección absoluta que sólo es posible en la visión directa de Dios, sino con la perfección relativa que puede obtenerse en esta vida y a la que es llamado todo cristiano.

“Así que la caridad es el cumplimiento de la ley”. Así concluye san Pablo, y la Legión reitera este principio de la manera más enfática. Es la doctrina de Jesucristo, proclamada ya antes en la ley que se dio a los judíos. “Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el principal y el primero de los mandamientos. El

segundo, parecido a éste, es: Amarás al prójimo, como a ti mismo. Estos dos mandamientos son el fundamento de todo lo que dicen los libros de la ley y los profetas”. A través de los siglos, los teólogos cristianos y los santos de la Iglesia han rivalizado unos con otros en expresar este principio fundamental: Sería fácil citar a san Agustín, san Bernardo, san Juan de la Cruz, y en nuestro tiempo, a santa Teresa de Lisieux. Basta, sin embargo, citar a santo Tomás. Sintetiza en pocas frases magistrales la tradición sobre la primacía del amor. “La vida espiritual consiste sobre todo en la caridad. Desde el punto de vista espiritual, el que carece por completo de caridad no cuenta para nada. La perfección de la vida espiritual se mide por la perfección de la caridad.

Siendo fieles a la doctrina que aquí nos enseña santo Tomás, la Legión nos da prueba del sólido fundamento sobre el cual descansa su espiritualidad. El cristianismo exige absolutamente que se reconozca y mantenga la primacía de la caridad. Donde no se propone con claridad el amor de Dios como el fin supremo y motivo constante de actividad, se abre el camino para cometer errores y serios errores. Es uno de los grandes méritos de la Legión que tiene el ideal de la caridad continuamente ante los ojos de sus miembros, y entre las diversas y urgentes actividades del apostolado jamás permite que, ni por un momento, se substituya este ideal por otro fin o norma de sus éxitos. Sea lo que sea, si afloja el legionario, y hay muchas cosas en las que se puede aflojar en la vida cristiana, no es fácil que se olvide del lugar preferente que ocupa el amor de Dios en su religión.

Y esto nos lleva de la mano a examinar más de cerca la Legión de María en acción; a estudiar su programa y método especial para conseguir la caridad. Esto nos capacitará para entender algo del espíritu característico de la Legión, sino para apreciar por qué tiene tan buen éxito en concentrar siempre la atención de sus miembros en el ideal del perfecto amor de Dios.

El apostolado que la Legión propone a sus miembros se reduce a dedicarse al servicio de sus hermanos en Cristo. En el n° 3 de las instrucciones de la Legión, encontramos una expresión de este programa que nos lleva hasta el fondo de la espiritualidad y apostolado de la Legión. “El deber del legionario, afirma, exige de cada uno la ejecución de una importante obra propia del legionario, de tal modo que, en aquellos por quienes trabaja y en los propios miembros, se vea de nuevo la persona de nuestro Señor, por intercesión de María, su Madre”. La obra de la Legión es muy diversa, pero hay un elemento común a todas sus empresas, que se traduce en el deseo generoso de servir a los miembros del cuerpo místico, haciendo hincapié especial en el valor del contacto directo y personal. La Legión ha demostrado tener siempre una notable predilección por este apostolado directo de persona a persona, que entiende primariamente como una reunión en un plano completamente espiritual y no meramente al nivel de naturales relaciones sociales. La instrucción arriba citada es una advertencia continua que se hace al legionario sobre el ideal espiritual de su apostolado y del estado de ánimo en que debe llevarse a cabo: debe esforzarse siempre en ver en su prójimo la persona de Cristo mismo, y cuanto más dé a entender que ve a Cristo en aquellos a quienes sirve, su apostolado será más efectivo. “Os aseguro que cuantas veces hicisteis eso a uno de estos pequeñuelos, hermanos míos, a Mí en persona lo hicisteis”. La Legión tiene una fe viva en esta doctrina, que, según el Señor, ostentará un poder decisivo en el día del juicio. Al amar y servir a nuestro prójimo, estamos amando y sirviendo a nuestro Señor mismo; en otras palabras, *el amor cristiano hacia nuestro prójimo no es otra cosa que el amor a Dios mismo*. Nos encontramos aquí en la presencia de una de las más estimulantes doctrinas del cristianismo; el hecho de que Dios venga a nosotros en la persona de nuestro prójimo, nos da la oportunidad de prestarle a El toda clase de servicios; y hasta hace que podamos amarle del mismo modo que El nos amó a nosotros primero, es decir, gratuitamente, no por vía de compensación. El mismo Dios habló de esto claramente con santa Catalina de Siena. En su *Diálogo* con el Señor, hallamos que Dios le habla de esta manera:

“Exijo que Me ames con el mismo amor con que Yo te amé a ti. Esto, cierto que no lo puedes hacer, porque Yo te amé sin ser amado. Todo el amor hacia Mí Me lo debes a Mí, así es que no Me amas de gracia, sino porque estás obligada a hacerlo; mientras que Yo te amo gratis y no porque te deba mi amor. Por eso, no Me puedes devolver a Mí en persona el amor que Yo exijo de ti; y te he colocado en medio de tus compañeros, para que puedas hacer con ellos lo que no Me puedes hacer a Mí, es decir, que puedas tú amar al prójimo como don gratuito, sin esperar que te lo agradezca, y lo que haces al prójimo Yo lo cuento como hecho a Mí, lo cual Mi Verdad manifestó cuando dijo a Paulo, mi perseguidor: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?”. Esto lo dijo juzgando que Saulo le perseguía en sus fieles”.

En este interesante pasaje, Dios mismo nos enseña que el amor de Dios no es una doctrina diferente del amor al prójimo. Sea que el amor se dirija directamente hacia Dios, o se enfoque directamente hacia el prójimo, en cualquiera de los casos, el motivo de nuestro amor es la bondad de Dios, por una parte, como se halla en Dios mismo, y, por otra, como se halla en sus hijos. La gran ansia de la Legión es la de promover entre sus miembros una amor de Dios fuerte y práctico por los hijos de Dios, dondequiera que se encuentren; no hay, por tanto, que maravillarse de que se esfuerzen constantemente y con éxito en mantener el amor de Dios ante los ojos de sus miembros. Dios está con ellos en sus obras y ellos se encuentran renovados en todas y cada una de las personas con las que entran en contacto. “Esta compenetración de nuestra unión con Dios, nuestro buen Padre, ha de ser, dice el Manual, el firmísimo apoyo de todo legionario en la doble empresa de su santificación personal y de su servicio a favor del prójimo”. Así es como el legionario debe mirar su apostolado en el servicio de Dios, nuestro padre común y nuestro amigo. Santo Tomás hubiera visto en este programa el verdadero modelo de aquel *amor amicitiae*, o amor de amistad con Dios, que es su favorita descripción de la caridad divina.

Así la Legión ofrece a los católicos seculares un medio espléndido de cumplir con la primaria obligación de la vida cristiana, de esforzarse por adquirir la perfección de la caridad. Y es esto mucho más importante, al ver que no se da suficiente importancia a este deber fundamental en la instrucción y en la predicación. La mayor parte del tiempo dedicado a explicar la fe, debe, por supuesto, darse a temas tales como los preceptos del decálogo y los mandamientos de la Iglesia, evitar las ocasiones de pecado, oír misa y recibir los sacramentos; todo ello de capital importancia. Pero ¿cuánto tiempo se emplea en predicar el amor de Dios y de nuestro prójimo? y ¿cuán firme es el conocimiento de nuestro pueblo sobre la verdad de que el amor es el cumplimiento de la ley? ¿No es un hecho, que mucha de nuestra gente se quedaría al menos sorprendida, al oír las palabras de san Juan de la Cruz: “En el ocaso de la vida, seremos juzgados por el amor”? ¿Y acaso nuestro pueblo, en su conjunto, aprecia en su valor el significado de la caridad fraterna, su verdadera relación con el amor de Dios mismo? Un cooperador en nuestro reciente simposio sobre la emigración en “*The Furrow*”, se decidió a hacer esta pregunta: “¿De qué calidad son nuestras buenas gentes? ¿Son realmente buenas en su interior, humildes en su bondad, amables y serviciales con los miembros de la parroquia o con sus compatriotas? ¿O son personas respetables, orgullosas del puesto que ocupan en la comunidad, observadores de las normas tradicionales, pero en la práctica sin verdadera caridad?”. Los términos en los que se presenta la cuestión son, tal vez, excesivamente amplios; sin embargo, ello sugiere un serio examen de conciencia. A veces, en verdad, la acusación de falta de caridad es sencillamente una capa para ocultar un ataque a una posición firme, por defender los principios cristianos: de vez en cuando, tiene que sufrir la apariencia de caridad, si se ha de conservar la realidad. Sin embargo, los críticos bien intencionados y sagaces no es raro que hayan manifestado su frustración ante la falta de caridad, más o menos frecuente, dentro de nuestra nación. Junto a muchos actos notables de caridad, ¿no existe entre nosotros mucho y tal vez muchísimo que ofende a la virtud de la caridad: detracciones y calumnias, envidias por el éxito de otros, trato duro a los criados y aun a los parientes cercanos, una actitud intransigente ante peticiones perfectamente razonables? ¿No son todas

estas faltas más ordinarias de lo que nos convendría admitir? Sin esto, es verdad, ello representa un peligro para nuestra fe, y de ello no nos damos la cuenta que debiéramos. Puesto que, como hemos visto, el amor cristiano hacia el prójimo, bien entendido, no es otra cosa que el amor de Dios en otra forma, debilitamiento de la caridad fraterna es realmente un debilitamiento de lo que es más esencial en la vida cristiana, es una decadencia del espíritu del cristianismo. Existe un interesante comentario, que no es sino el resultado de una investigación sobre las diversas etapas de la apostasía de la fe de varios grupos de cristianos de Francia. Las primeras señales del debilitamiento de la fe no provinieron de la decadencia en las prácticas cristianas, no de un notable deterioro en la moral, sino de la mengua en la virtud de la caridad, la pérdida de un estado consciente de la amorosa paternidad de Dios y del espíritu del amor fraternal y de cooperación. Es ésta una lección que deberíamos tomar muy a pecho.

Ahora, la Legión se acomoda idealmente a fomentar la verdadera caridad en cualquier grupo de cristianos. Cada *Praesidium* busca convertirse en un poderoso centro, desde donde pueda irradiar hacia fuera el amor de Dios. Al estar en continua dependencia de la amorosa Madre de los cristianos, procura el legionario difundir una caridad ardiente, que tendrá la influencia alegre, inspiradora y unificadora, sobre todos cuantos entran en su radio de acción. El amor del legionario se dirige ante todo a sus compañeros legionarios, y el ideal que se propone es una caridad abierta, simpática y práctica, que une estrechamente a todo el *Praesidium*. Así, el amor del legionario individual aspira a formar algo más significativo y efectivo que la suma total de su caridad individual. Se convierte en una fuerza organizada y ordenada, con la efectividad multiplicada que proviene, más todavía en el orden sobrenatural que en el natural, de la común unión de voluntades. Desde el *Praesidium*, la caridad del legionario se difunde en círculos muy amplios. Produce su efecto, especialmente por medio de los miembros auxiliares, que son la orden se un da de la Legión luego por medio de aquellos a quienes visitan y a quienes ayudan en algo los legionarios: los pobres y abandonados a quienes confortan, los desechados e inútiles a quienes redimen y cuidan, los ignorantes a quienes instruyen, los católicos a quienes impresiona la mortificación del legionario y comunican algo del espíritu misionero que los anima. Por medio de la caridad contagiosa del legionario, el espíritu de generosidad, abnegación y amor fraternal aumenta gradualmente en la comunidad como tal.

El hecho de observar cómo crece el espíritu de caridad de los corazones de los miembros de la Legión y por ellos en los corazones de muchos otros, produce una de las más grandes alegrías al sacerdote. No es imaginario sugerir, que esta alegría es la participación en la gracia de la maternidad espiritual de María. Porque el sacerdote es el instrumento de María en el desarrollo de la vida cristiana en las almas de los legionarios. Unido con ella, los introduce en el sistema de la Legión; en estrecha unión con ella, eleva sus entendimientos a contemplar la bondad y el amor de Dios, a engrandecer al Señor ya alegrarse sobremanera en Dios su Salvador, como un niño se alegra a la vista de sus amados padres. En unión con María, el director espiritual prepara al legionario para el perfecto don de sí mismo que ofrecerá al Espíritu Santo al hacer la Promesa de la Legión; en su presencia, pide al Espíritu Santo, al Espíritu del Amor, que “venga a su alma con poder y amor, y, a una con el amor de María y la voluntad de María, salve al mundo”. ¿No puede, pues, reconocer en esa alegría que brota en su interior al ver cómo aumenta el amor de Dios en los miembros del *Praesidium*, la participación en el gozo maternal de nuestra Señora, cuando ella ve que la imagen de su Hijo se está gradualmente formando en los corazones de los hombres? No hay obra más querida para el corazón del sacerdote. Si ha de ser verdad que está ordenado para propagar en todas partes la caridad redentora de Jesucristo, ¿qué actividad podrá atraer la gracia sacramental del sacerdocio con más abundancia? El sacerdote que dirige un *Praesidium* de la Legión no se ocupa en una actividad trivial. Va al fondo de las cosas cuando pone por obra la labor esencial para la que ha sido ordenado.

¿Cuál es el cambio que la caridad del legionario produce en la vida normal de otros legionarios? Los directores espirituales de mucha experiencia lo entenderán mucho mejor que yo. Lo único que yo puedo procurar es narrar lo que he observado en mi comparativamente corta asociación con la Legión. Hay sin duda un gran cambio. Nuevos horizontes se abren ante los ojos del legionario. Si, hasta aquí, los hombres y mujeres que le rodean no le interesaban más que cualquier otro habitante de la tierra, sea en su nación, sea en su pueblo o parroquia, ahora viene a caer en la cuenta de que reconoce en ellos la imagen de Cristo y siente hacia ellos algo del interés maternal de María hacia sus hijos. Debajo de la pereza, de la monotonía y de la aparente ausencia de originalidad de tantos con quienes entra en contacto, empieza a buscar ya ver en cada persona el aumento de la bondad de Dios que se renueva de una manera exclusiva, y da muestras prometedoras de la felicidad eterna. Si la imagen de Dios no aparece inmediatamente, se da maña para mirar al interior, por debajo del pecado, la enfermedad y la palidez, debajo de todo lo poco atractivo y repugnante de la existencia humana, y así descubre el fondo de la bondad interior, la divina imagen que debe reanimar y acrecentar hasta su debida perfección. Esta actitud determina la actitud del legionario hacia los que le rodean y especialmente hacia los que están abrumados en el cumplimiento de sus deberes de legionario. Tras cada uno se va su corazón, presenta ante cada uno su persona con humildad y reverencia, dándose cuenta de cómo María hubiera querido servir a su propio Hijo.

Esta caridad admirable, que caracteriza el trato de los legionarios con sus vecinos, no es sino la superabundancia de amor que le une a sus compañeros legionarios. Tomo de nuevo nota del *Manual*: “Todo el concepto y el espíritu de la Legión se cifra en una caridad y simpatía intensas que, antes de irradiar su calor afuera, tienen que arder primero con rutilante y viva llama en el propio, hogar de la Legión. La práctica de la caridad, una vez afianzada dentro de la Legión, no tardará en ser el patrimonio común. Las distancias que se salvan ingresando en la Legión, están en camino de ser salvadas entre los de fuera”. En verdad, que la caridad debe obrar de esta manera, si es que va a actuar de algún modo. En este sentido, la caridad debe siempre empezar en casa, y, para el legionario, el *Praesidium* es en realidad su casa, con una participación de aquellas cualidades que hace que esta palabra penetre tan dulcemente por nuestros oídos. Para el legionario, el *Praesidium* es el lugar en el que su Madre le espera y le da la bienvenida, el lugar donde los verdaderos y dignos de confianza se reúnen en su derredor, donde está seguro de que se escuchan con simpatía sus problemas y sus consejos honrados y saludables; el lugar en cuyo interior descansa y renueva sus fuerzas, después de cumplir con sus deberes y donde vuelve a encender el fuego de la fraterna caridad. El *Praesidium*, que se dirige según el verdadero método de la Legión, no puede menos de ejercer una gran atracción entre sus miembros; su atmósfera es propia para producir intimidad, armonía y paz y esfuerzo común, llevado con alegría para la más noble de las causas. Está impregnado de un candor y sencillez y mutua confianza, que son los mejores y más escogidos frutos de la caridad. Cuando los legionarios se arrodillan, o velan a los pies de su Madre encerrándola en aquel círculo que ella misma ha hecho al llamarlos y tenerlos cerca de sí, se sienten unidos entre sí de un modo que resulta la verdadera imagen de la unión de todos los cristianos en el cuerpo místico de Cristo, en la Iglesia católica, nuestra verdadera familia en la tierra. Y cuando los legionarios salen del *Praesidium*, no pueden menos de llevar consigo esta unión y caridad que los une a todos entre sí.

En la obra del legionario, especialmente, es donde aparece con evidencia la ferviente caridad del legionario. Pues es allí donde principalmente actúa el legionario como instrumento de María. Y el hecho mismo de que vayan de dos en dos, es una garantía del verdadero espíritu de la Legión en el apostolado. Pues ello significa que llevan consigo un recuerdo visible del lazo que les une en el *Praesidium*. En una homilía que todos leemos en el breviario, san Gregorio hace un comentario sobre el hecho de que nuestro Señor, al enviar a predicar a sus setenta y dos discípulos, les manda que vayan de dos en dos. Lo hizo así, nos

dice san Gregorio, por dos razones. La primera, poco convincente, es: porque los preceptos de la caridad son dos; esto sencillamente demuestra que san Gregorio, ocasionalmente, puede casi ser tan ingenioso como san Agustín. La segunda razón viene más a punto, es decir, que la caridad no puede existir entre menos de dos personas. Cuando los discípulos del Señor fueron enviados como emisarios de la caridad divina, era conveniente que, en su misión, tuvieran una oportunidad para ejercitar aquella caridad entre sí mismos y llevar consigo en su mutuo amor un recuerdo continuo, una señal visible de la caridad de Cristo, que debieran, de hecho, confirmar en sí mismos lo que podía en cierto modo llamarse un “sacramento” de la caridad: un lazo común, que significase y efectuase la caridad entre ellos. Ahora, los ayudantes de los legionarios llevan consigo precisamente tal “sacramento”; su sociedad es aun mismo tiempo un recuerdo de su amor y un lazo que refuerza su amor en sus propios corazones y los une en amor a aquellos a quienes sirven. En esta empresa común por nuestro Señor, el legionario disfruta de una compañía alegre y bendita. Y esta unión levanta y transforma la natural asociación de una personalidad con otra y la profunda satisfacción humana que nace de la libre cooperación y generosa abnegación en una causa común.

En todo este negocio de la caridad, la Legión parece tomar una parte providencial en el fastidioso mundo en que hoy vivimos. En todas partes buscan los hombres amor con una avidez que es casi frenética en su ansiedad, y patética en su fracaso por encontrar lo que están buscando. El mundo que no conoce a Cristo, ha encontrado, a lo más, un sentimental e inseguro humanitarismo, y en el peor de los casos, un sistema satánico de crueldad; disfrazado de un bello nombre de igualdad y fraternidad universal; los diversos evangelios de los reformadores humanos han fracasado miserablemente; solamente han obtenido éxito en llevar a la raza humana al borde del desastre. Una tensión casi palpable atenaza al género humano al aparecer ante él una amenaza de inauditas calamidades. Desconfianzas, envidias, duplicidad, y odio -todo lo contrario de la caridad- parecen hacer más difícil el que la armonía y la seguridad puedan conseguirse. Mientras tanto, el ansia del verdadero compañerismo y el lazo de unión de la caridad se hacen más violentos. Los hombres de buena voluntad palpan en todas partes la necesidad de unirse estrechamente y de cerrar sus filas contra las fuerzas del mal. Y mientras los principios cristianos, que sobreviven aún entre las naciones apostatas, desaparecen poco a poco, aumenta la comprensión de que sólo el amor puede renovar el mundo.

Esto, sin embargo, es algo que el legionario puede constatar con más facilidad que otro, puesto que el amor es la misma atmósfera que ha creado alrededor de sí y posee abundante experiencia de sus cualidades conquistadoras y magnéticas. En ninguna parte más claramente que en la Legión de María da el cristianismo pruebas de su capacidad para satisfacer el ansia de caridad que el mundo moderno siente tan profundamente.

Hasta ahora he hecho muy poca referencia expresa a las cualidades de la caridad legionaria. Me esforzaré ahora en procurar remediar esta omisión, aunque el tiempo no me permite sino unas pocas sugerencias. Me he referido ya a cierto fervor, sensibilidad y reverencia que caracterizan el servicio que el legionario presta a su vecino. Estas cualidades creo que la Legión las debe a nuestra Señora. Que pueda existir una caridad distintiva *mariana*, es sin duda muy cierto. La caridad en su esencia es la misma en todas partes, aun en el Sagrado Corazón de Jesucristo, aquel Corazón que en verdad es la fuente de toda caridad entre los hombres. Sin embargo, la caridad en los individuos asume ciertas características especiales, según el temperamento natural de la persona, ambiente o estado de vida. Para poner un ejemplo, la caridad de una persona bondadosa, generosa y precavida por naturaleza tendrá cierto sabor a dulzura y finura, cierto delicado refinamiento que se gana los corazones de los que viven junto a él. Esta cualidad no será patente, por lo menos no lo será en el mismo grado, en la persona cuyo natural temperamento es austero, repulsivo, o poco generoso, aunque esta persona pueda haber adquirido un grado más alto de caridad, que manifestará en sí mismo sus propios y especiales frutos de nobleza y vigor. Ahora bien, la caridad de nuestra

Señora, sus propias características distintivas se pueden sintetizar en una sola palabra: maternal. María es la Madre de Dios y la Madre espiritual de todo el género humano: su caridad tiene especiales cualidades que son privativas del amor de madre hacia sus hijos. Hallamos reflejados en ella la ternura, delicadeza y simpatía inagotables que el nombre de madre nos trae a la mente; en proporción a la perfección y preeminencia de su maternidad, estas cualidades se hallan en ella en un grado absolutamente supremo.

A esta fuente podemos, por ejemplo, atribuir el valor que la Legión pone en la comprensión, finura y tacto en la obra apostólica y su constante cuidado en evitar cierto aire de superioridad. A María también debe la Legión el espíritu de familia que reina en el Praesidium, al que ya me he referido anteriormente. Y ¿no deberíamos notar la abnegación de una madre por amor a sus hijos en la total generosidad a la que el legionario es llamado en su servicio y el de sus hermanos? Además, la Legión se precia de sus iniciativas, pero reconoce que éste es otro de los dones de María, la participación en aquella agudeza de madre, que ella posee al igual que otras madres a quienes conocemos. ¿No es ésta explicación de aquella convicción atrevida que la Legión trata de formar en todos sus miembros, la convicción de que no existe problema insoluble? En conclusión, debemos mencionar otras cualidades de la caridad del legionario. Son cualidades marianas y también maternas, con todo, tal vez, las asociamos en primer lugar a María, la Virgen humilde, la fiel esposa de Cristo: la fidelidad y la humildad. La Legión no da valor al amor que es al pronto entusiasta y activo, pero no está preparado para mantenerse firme a pesar de las dificultades. El verdadero legionario está dispuesto para enfrentarse con el desaliento, mala inteligencia, ingratitud y el ridículo; para enfrentarse con el tiempo, la monotonía y el fracaso aparente. Y siempre, su amor es humilde como fue María. Pues se da cuenta de que es un don puro del Espíritu Santo y que sobrevive solamente por su influjo y sale con éxito según la medida de sus dones. Con todo, por esta misma razón, el legionario sabe que todas las cosas son posibles al amor, pues todas ellas son posibles al espíritu de Dios.

EL ESPÍRITU SANTO Y LA ESPIRITUALIDAD DE LA LEGIÓN

RVDO. T. A. FINNEGAN

Tal vez la mejor manera de empezar es haciendo una pregunta. ¿Por qué hay católicos que encuentran el mundo de las almas pesado y frío, y la religión como una cosa que casi les aburre? Me acuerdo de gentes buenas, gentes bastante fieles a sus deberes religiosos, que procuran rezar sus oraciones, pero que no encuentran el yugo del Señor ni dulce ni ligero.

Se encuentran en ese estado melancólico, según creo, porque jamás se han dado cuenta de lo que significan las relaciones en que Dios les ha escogido, para que se mantengan junto a ellas; y consiguientemente, no se aprovechan ni se familiarizan con los medios que Dios ha puesto a su disposición para aligerar las cargas de la vida. Viven sus vidas al margen de las maravillosas realidades a las que se les ha dado acceso por medio de la gracia santificante.

Como niños mal dispuestos, han de ser arrastrados por la mano hacia Dios, cuando debieran correr a su lado. No saben el poder que tienen en su mano por el mero hecho de ser hijos de Dios.

Sin embargo, da cierta sensación de alivio el recordar que hubo un tiempo en que hasta los apóstoles tuvieron que ser arrastrados y empujados. Imaginémonos a Pedro y a Santiago y a Juan y a los demás, cuando seguían a remolque a Cristo por los polvorientos caminos de Palestina. Durante tres años fueron sus íntimos amigos, estando continuamente en la esfera de influencia de su dinámica personalidad. Oyeron de sus propios labios los secretos de Dios: “Os he llamado amigos; porque todo cuanto me ha comunicado el Padre, os lo he dado a conocer”. Con todo, sus corazones estaban con frecuencia fríos, su percepción embotada. Y tenía que afearlos con frecuencia el hecho de no enterarse de sus designios ni entender de qué espíritu eran.

¿Qué sería de ellos cuando El se fuese y los dejase abandonados a sus propias fuerzas? En su última larga conversación con ellos, les dio la respuesta, respuesta que les debió sonar a algo extraño. Díjoles que les era mejor que El se fuese. “Porque os digo la verdad: Os conviene que Yo me vaya. Porque si no me voy, el Abogado no vendrá a vosotros; pero si me voy, os lo enviaré. Y cuando El venga, confundirá al mundo, poniendo en claro la verdad en materia de pecado, de santidad y de condenación”. Un poco antes por la misma tarde, les dijo: “El Abogado, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os hará ver su sentido y os traerá a la memoria todo lo demás que os he hablado”.

Antes de que pasase una hora después de estas palabras, demostraron la intensidad con que sentían la necesidad de aquel a quien Cristo les iba a enviar. Cuando llegó su hora terrible, tuvieron necesidad de dormir. Al despertar, huyeron. El más valiente de entre ellos, el que sacó su espada y estaba dispuesto para la lucha, después maldijo y juró y dijo que jamás había conocido a tal hombre.

Cristo tenía que morir, resucitar y subir a los cielos, y, estando a la diestra de Dios Padre, enviar al Paráclito para poner fuego en estos hombres acobardados y escondidos en el cuarto del piso superior. Y con la venida del fuego, nació una nueva era para la Iglesia, la era del Espíritu Santo, la plenitud de los tiempos. En aquel momento, el Espíritu Santo se convirtió en el alma de la Iglesia, la fuente de su poder, el planeador de toda su actividad apostólica; y así, El ha permanecido hasta nuestros días y permanecerá para siempre.

Con esta verdad vital como su primer principio -la verdad del papel que juega el Espíritu Santo en la Iglesia- la Legión de María salió a la palestra en su misión apostólica en la generación anterior. Ha guardado siempre aquel principio en las primeras filas de su espiritualidad.

La posición prominente señalada al Espíritu Santo en el sistema de la Legión, puede no ser clara a primera vista. Y aun es posible que al unos legionarios puedan no preocuparse

como debiera de esta tan señalada orientación de la espiritualidad de la Legión, y, como resultado, pierdan la inspiración que viene de darse continua cuenta de ello.

Tomemos primero la Promesa de la Legión. La oración entera de más de cuatrocientas palabras se dirige al Espíritu Santo. Sus primeras palabras son: “Ven, oh Espíritu Santo”. El nuevo legionario le invita... “a que descienda y llene todo su ser, para que sus pobres actos sean sostenidos con el poder del Espíritu Santo y vengan a ser instrumento de sus poderosos designios... Cúbrame tu poder y ven a mi alma con fuego y amor y hazla una con el amor de María y la voluntad de María de salvar al mundo”.

Esta inspiradora oración de dedicación termina con una promesa que está llena de fe en el poder del Espíritu Santo: “Ejecutar tu voluntad, obrar tus milagros de gracia que renovarán la faz de la tierra, y establecerán, Santísimo Espíritu, tu reinado, sobre los seres todos”.

Hay que notar que la oración termina como empezó, con el nombre del Espíritu Santo. Además, cada junta de Legión empieza con la oración de la Iglesia al Espíritu Santo: “Ven, oh Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor”.

La bandera de la Legión, centinela de todas las juntas, está coronada con la paloma, símbolo del Espíritu Santo. “Todo el diseño”, dice el *Manual*, “expresa la idea de que el mundo ha de ser conquistado por el Espíritu Santo obrando por medio de María y sus hijos”.

Asimismo, el cuadro oficial de la Legión pinta al Espíritu Santo, vigilando sus miembros, y a María envuelta en la luz y el fuego del mismo Espíritu.

Finalmente, y un poco inesperado, el color de la Legión no es el azul, sino el rojo, por el Espíritu Santo. Y recientemente, en China, este color esencialmente ha adquirido una significación adicional para la Legión. Todos estos caracteres distintivos que podíamos llamar “el equipo de la Legión” son indicaciones del intenso darse cuenta de que “la labor de los legionarios”, según las palabras del *Manual*, “depende del poder y operación del Espíritu Santo; todo lo cual requiere una unión muy íntima con El”.

Sin embargo, el secreto real de la Legión no está en el *Manual*, ni en la oración escrita, ni en los cuadros. Estos no son sino anuncios que se ven a lo largo del camino, y estos anuncios no son la Legión. La Legión la constituyen los hombres y mujeres y niños que figuran en sus listas, y el secreto de la Legión se debe buscar en los corazones de éstos, corazones a los que debe tocar el dedo de la diestra de Dios, *Digitus Paternae Dexteræ*, que puede transformar un proceder frío y triste en un impulso ardiente de “llevar a cabo, sin titubeos, grandes cosas por Dios y por la salvación de las almas”, con un fuego que da luz y calor al mundo que le rodea.

En el Antiguo Testamento, cuando Jerusalén cayó en manos del enemigo y los judíos fueron deportados a Babilonia, los sacerdotes se arreglaron para conservar el fuego sagrado que ardía en el templo. Lo ocultaron en “un valle donde había un pozo profundo, sin agua”. Al volver de la cautividad, reconstruyeron la ciudad y el templo, pero se echaba de menos la unidad y había necesidad de reforma religiosa. Nehemías, desde la Corte de Persia, se enteró de su situación y consiguió permiso para volver a Jerusalén. Lo primero que hizo fue enviar algunos de los descendientes de los sacerdotes en busca del fuego escondido. Cuando llegaron al pozo escondido, “no hallaron fuego, sino agua espesa”. Con todo, la llevaron a Nehemías. Y al derramar el agua fangosa sobre el altar del sacrificio, “salió el sol que antes estaba nublado, y se encendió un gran fuego, quedando todos maravillados”.

Hoy, por mediación de la Legión de María, el fuego divino del Espíritu Santo desciende a muchas almas que perdieron su fervor, dentro y fuera de la Legión, y las transforma en altares inflamados. Y nosotros, directores espirituales, hacemos el papel de los sacerdotes que tenían el oficio de traer los vasos sagrados al altar. Todos y cada uno de los legionarios deben esforzarse en abrir plenamente las puertas de sus almas al Espíritu Santo, de tal suerte que todos y cada uno, siguiendo las palabras del *Manual*, “apreciemos al Divino

Espíritu como Persona distinta y verdadera, que tiene con relación a nosotros una Misión personal y particularmente suya” en favor nuestro.

Y esto me trae al meollo de lo que he escogido para hablar sobre el Espíritu Santo y la espiritualidad de la Legión. Afecta al Espíritu Santo y al legionario, o más explícitamente, al Espíritu Santo en la vida espiritual consciente del legionario.

El año 1897, el papa León XIII escribió una encíclica sobre el Espíritu Santo (*Divinum illud munus*). En ella decía: “Hay ciertamente muchos que tienen poco conocimiento de El. Pronuncian frecuentemente su nombre en sus prácticas religiosas, pero su fe está envuelta en impenetrables tinieblas. Por eso, todos los predicadores y cuantos tienen cura de almas deberían tener presente que es su deber instruir al pueblo con más diligencia y más completamente sobre el Espíritu Santo”.

Eso era hace sesenta y ocho años. ¿Qué podemos decir hoy? El cardenal Suenens en su libro sobre el apostolado tiene algo que decir sobre la situación en nuestros días. Recuerda la visita de san Pablo a Efeso. Una de las primeras preguntas que hizo a los efesios fue ésta: “¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando abrazasteis la fe? No. Ni siquiera hemos oído que exista el Espíritu Santo”. Pablo apenas podía creer semejante cosa. Preguntóles de nuevo: “Pues entonces, ¿qué bautismo habéis recibido?”. El cardenal Suenens prosigue diciendo, que se podía repetir hoy la misma pregunta a muchos cristianos. “¿Saben ellos, pregunta, que han sido bautizados en el agua y en el fuego? ¿Saben ellos que este fuego debe tener fuerza devoradora y ganar por medio de ellos a todos los hombres, aunque sea menester irlos conquistando uno por uno?”

Hay todavía gran necesidad de conocer al Espíritu Santo, se ignora la parte que toma en la vida de la Iglesia y en la de las almas de los cristianos. El cristiano ordinario sabe que el Espíritu Santo es una de las tres Personas de la santísima Trinidad, pero sabe poco más sobre eso y, ciertamente, es muy poco lo que puede expresar con palabras sobre el Espíritu Santo. Y debemos recordar que la mayoría de los que vienen a la Legión, vienen como cristianos ordinarios. Así, pues, cuando empiezan a tener devoción al Espíritu Santo, como debe hacerlo todo legionario, necesitan instrucción y también palabras de aliento. No es esta devoción muy atractiva al principio. No excita los sentidos; es difícil que se formen una idea clara del Espíritu Santo.

Si me pidiesen que sugiriese un plan para presentar al Espíritu Santo a los principiantes con el fin de formar en ellos un conocimiento continuo de El, diría: Empezad por los *Hechos de los Apóstoles*. Conozco a un sacerdote que encontraba dificultad en explicar las operaciones de Dios *ad extra*, en las que las tres divinas Personas obran a una como si fuesen un solo principio. Luego, ajustaba esto a la apropiación, en la Escritura y en la liturgia, de ciertas operaciones al Padre o al Hijo o al Espíritu Santo -por ejemplo, la apropiación de la santificación al Espíritu Santo. Pero ahora, al hacerse anciano y más prudente, dejaba ese problema y otros problemas hasta el fin y empezaba proponiendo escenas de los *Hechos de los Apóstoles*, para demostrar cómo la Iglesia vivía en la presencia continua del poder en influencia del Espíritu Santo.

Los *Hechos de los Apóstoles*, el libro en el que El mismo se presenta como el alma de la Iglesia en su infancia, la fuente de la vida, su unidad, la fuerza dinámica que respalda su fervor misionero. Cuando aparecieron los problemas y las perplejidades, se recurrió al Espíritu Santo. Cuando, por ejemplo, dudaban si deberían prescribir ciertas ceremonias del Antiguo Testamento para todos los cristianos, se reunieron en asamblea y discutieron la cuestión, confiando en que El los guiaría. Cuando llegaron a una conclusión, la anunciaron con estas palabras: “El Espíritu Santo y nosotros hemos tenido a bien no imponeros otra carga”. Hasta al alma más sencilla, los *Hechos* revelan a todas luces que el Espíritu Santo no se oculta en el anonimato de la Trinidad, como tampoco la Segunda Persona se esconde bajo el de la Primera Persona. Por el contrario, ejerce su propia función individual en cuanto al cuerpo místico.

Además, al hacer ver claramente a los legionarios el papel de María en la Iglesia, no hay sustituto para la palabra inspirada del mismo Espíritu Santo, que quiso escoger a María, de entre todas sus criaturas, como instrumento de la encarnación. *Et incarnatus est de Spiritu Sancto ex Maria Virgine*. Ella es el lugar escogido para que se reúnan Dios y hombre. Durante toda su vida continuó silenciosa, siendo el instrumento del Espíritu Santo, sobre todo en el Calvario, donde cooperó en la redención. Después de la ascensión, siguió siendo la figura central en la primitiva Iglesia. En Pentecostés, al hacer el Espíritu Santo su segundo transformador contacto con el hombre, María fue de nuevo el punto céntrico. Los *Hechos* se esmeran en contarnos que los apóstoles perseveraban en oración en el cuarto superior, “*con María, la Madre de Jesús*”.

Desde los días de la primitiva Iglesia, puede uno proyectarla a través de los siglos, como si fuese una película. Es la misma Iglesia, el mismo Espíritu Santo, la misma María. La alianza entre María y el Espíritu Santo, y entre ambos y la Iglesia, continúa todavía inalterable. ¿Qué ha cambiado? Solamente el personal de la Iglesia militante. Nosotros estamos en lugar de los cristianos en las calurosas calles de Jerusalén. En el primer Pentecostés el Espíritu Santo decidió venir de una manera llamativa, alanzar a la Iglesia a consumir su gloriosa carrera, y por un corto tiempo, alumbró su camino peligroso fuera del puerto con señales y maravillas. No son ya necesarios estos milagros y señales. Pero las maravillas esenciales en todas y cada una de las almas permanecen las mismas. Por la confirmación, quedamos tan verdaderamente fortificados como los apóstoles el día de Pentecostés. Se debe persuadir a cada uno, que la vocación a pertenecer a la Legión es una invitación del mismo Espíritu que vino con el ímpetu de un viento fuerte en forma de lenguas de fuego. Y no se espera correspondencia menos generosa en nuestros días.

La primera señal de una correspondencia generosa es el interés sobre nuestra propia santificación personal. Es vital que los legionarios entiendan que la Iglesia, inspirada por el Espíritu Santo, apunta primero hacia la profundidad, a un profundo surco, y, solamente después, a la extensión y expansión, en un campo descuidadamente labrado.

La Iglesia es un ejército y sus cristianos seculares son sus soldados. No hay ejército que envíe a las primeras filas a soldados bisoños. La cualidad de los soldados seculares dependerá de la cualidad de sus hombres espirituales. La vida en el mundo de la gracia, como en el mundo de la naturaleza, exige crecimiento y progreso desde la niñez hasta la edad madura. El estar vivo por la gracia no es sino el comienzo. Nuestros principios son *quasi modo geniti infantes*, como niños recién nacidos. El cristiano, por el mero hecho de estar vivo, sin ambición ni esfuerzo por crecer en la gracia, es como el que se contenta con estar echado en la cuna por toda la vida.

Ahora bien, si todos y cada uno de los cristianos están obligados a aspirar a ese misterioso proceso de llegar a ser lo que Dios ha impreso en su alma, ¿cuánto mayor es esta obligación en uno que se ha comprometido a propagar en otros la caridad de Cristo en la Legión de María? Es por lo tanto muy importante que los legionarios estén bien instruidos sobre la parte que toma el Espíritu Santo en la formación de un alma; que ellos estén indiferentes en sus entendimientos, de suerte que domine en su vida, por completo, el hecho de que todo progreso en la vida espiritual depende de la docilidad a las inspiraciones del Espíritu Santo. Si han de crecer en santidad, no deben alimentarse con papilla, cuando hayan tenido la edad para digerir doctrina sólida y recia espiritualidad. Si pueden digerir esto, lo necesitan y, además, amarán esta doctrina porque tienen hambre de ella, hambre que Dios ha plantado en su interior.

No debemos contentarnos con decirles que recibimos los dones del Espíritu Santo al mismo tiempo que recibimos el estado de gracia. Eso es perfectamente cierto sin duda, pero deberíamos tener cuidado de no poner allí punto final y dejar las cosas como están. Los dones, entonces, son facultades supernaturalizadas que permanecerán sin desarrollarse y, por lo tanto, incapaces en gran parte, hasta que, mediante la oración y la cooperación con la gracia y

la práctica de las virtudes morales, cultivemos una receptividad que aumentará hasta adquirir la docilidad perfecta requerida para el pleno ejercicio de los dones.

Podemos volver de nuevo a los apóstoles en Pentecostés. Estaban ya en estado de gracia. Sin embargo, sucedió que el Espíritu Santo no fue completamente operativo hasta después de orar y prepararse intensivamente.

Al hablar del Espíritu Santo a los legionarios, no necesitamos probar nada, para discutir su posición de importancia, sino más bien afirmar sencillamente para explicar los hechos en cuanto buenamente podamos. Dejemos que El haga lo demás.

Imaginad sus almas con las persianas bajadas en las ventanas. El oficio del sacerdote se reduce a tocar el resorte en cada una de las persianas, para hacerles saber que ha venido una Persona, tan real como Cristo, cuya razón de ser es dar. El amor personificado entre el Padre y el Hijo viene a participar con ellos los secretos de Dios, que “ningún hombre conoció sino el Espíritu de Dios”. El medio principal de comunicar estos secretos es el de los siete dones. Los legionarios deben estar atentos al funcionamiento de estos dones en sus personas y el modo como funcionan. Son dones en el pleno sentido de la palabra, porque quien los mueve a operar no somos nosotros, sino Dios. En esto consiste la diferencia fundamental entre los dones y las virtudes como bien sabéis. Cuando hacemos actos de virtud, los hacemos, por supuesto, cooperando con la gracia. Dios se acomoda al modo humano de actuar; la gracia actual nos deja en libertad de tomar la iniciativa. Por medio de los dones, por otra parte, nos dice santo Tomás, Dios toma la iniciativa y nuestro papel “consiste en consentir plenamente a la operación de Dios, al permitimos ser dirigidos por el Espíritu Santo, y en seguir pronta y generosamente sus inspiraciones”.

La calidad de miembros de la Legión nos lleva de la mano principalmente al desarrollo de los dones que perfeccionan la voluntad. Uno de éstos es el don activo de la fortaleza. Unas pocas palabras escogidas sobre este don pueden tener el efecto de un tónico para alguno que realiza galantemente la labor ordinaria del *Praesidium*, y tal vez se siente fatigado por la completa monotonía del trabajo; Los legionarios, como todos los hombres, tendrán momentos en los cuales el sentido de la debilidad, el sentido de que dependen totalmente de sí mismos, obscurece el conocimiento de que la gracia de Dios está con ellos, y habrá momentos en los que experimentarán algo del profundo misterio de la gracia, tan vigorosamente expresado por santo Tomás; no en parte por Dios y en parte por el hombre, sino completamente por Dios y completamente por el hombre. Deberían saber que, precisamente en tales momentos, el Espíritu Santo se manifiesta a sí mismo en su oficio de confortador -Consolador-, como muchos de los antiguos gustan traducir “Paracletos”. Por el don de la fortaleza se posee el alma y le comunica un sentido de firmeza y determinación. El cambio se hace en la persona; el trabajo o la prueba del valor que le ha fatigado o espantado puede permanecer.

Imaginad aun niño solo en la oscuridad. Sé asusta de la soledad. Pero, si otro está en el cuarto, si su madre está allí, el mismo niño se anima hasta sentirse valiente, aun cuando no vea ni oiga al otro. La oscuridad persiste; el valor lo imparte la mera presencia de otro, sin que hable una palabra o haga cosa alguna. De la misma manera, cierto sentimiento de firmeza, de valor y de júbilo aventurero brota de la presencia percibida del Espíritu Santo y comunicada por el don de la fortaleza. San Pío X consideró; que el mayor obstáculo al apostolado provenía de la cobardía. No puede haber cobardía cuando uno está convencido de que su mano está agarrada por la mano del Espíritu Santo. El éxito o el fracaso no tendrán significado diferente, pues no podrá darse cuenta de que el *Creator Spiritus* puede crear algo, sacándolo de la nada, el éxito del fracaso, el fuego del corazón frío y desatento.

De hecho, cuando nos sentimos aturdidos y abofeteados y modificados, pero, a pesar de todo, seguimos adelante con dificultad, es cuando el Espíritu Santo consigue su mejor efecto en nosotros. El hace esto cuando nosotros completamos lo que falta de “las tribulaciones de Cristo”. Entonces es cuando El consigue que nuestras almas estén a tono con su voluntad y, si no ponemos obstáculos a su obra, cuando, por decirlo así, tiene nuestra alma al descubierto y

está trabajando penosamente entre las cuerdas, surgiremos entonados, entonados por completo, obedientes a su más ligero contacto. En términos más precisos, nuestras percepciones se habrán refinado por los dones que perfeccionan la inteligencia e iluminan el entendimiento, inteligencia, comprensión, sabiduría y consejo. Si lo queremos ilustrado de otra manera, es como si el alma fuese un radar sensitivo que registrara todas las respiraciones transitorias del Espíritu.

Hasta la hora presente, nos han preocupado el Espíritu Santo y el legionario individual, enfocado desde el alma del mismo legionario. Nos resta hacer alguna mención del legionario y de las almas de otros en este contexto.

Existe una impresión bastante general entre los católicos, por lo menos en nuestra nación, de que la obra del apostolado es discrecional, algo que uno puede libremente emprender, y los legionarios pueden traer consigo esta impresión. De tiempo en tiempo, por lo tanto, en cada *Praesidium* se debería recordar esta verdad. Aun los que ya: conocen la verdad, cumplirán con sus deberes de humildad, renovándola de tiempo en tiempo.

La verdad es, como ya sabéis, que por el bautismo se nos hace miembros del cuerpo místico de Cristo; y consiguientemente; como Pío XII intenta resaltar, “no sólo los ministros sagrados, no sólo los que se han dedicado a Dios en la vida religiosa, sino, en su grado, también los otros miembros del cuerpo místico de Cristo *están obligados* a trabajar con celo y energía para edificar y aumentar el cuerpo místico”. Por la confirmación, esta responsabilidad apostólica crece y se hace más urgente: el seglar se hace *miles* en la Iglesia militante, tan realmente equipado para la batalla, como lo fueron los apóstoles el día de Pentecostés. Por ello, siendo un soldado en un ejército en pie de guerra, ha de prepararse y ha de luchar. La Iglesia, ya lo sabemos, triunfará al final; pero, en un tiempo y lugar dados, puede ser vencida, y vencida será siempre y cuando la obligación del apostolado no esté considerada como la función normal del católico confirmado; “...la obligación del apostolado está incluida en el carácter de la confirmación”. La vida del cristiano adulto debe considerarse como una misión para traer el mundo a Cristo o a su cuerpo místico. El apostolado no es algo añadido a la vida del cristiano. Es la vida cristiana plena y noblemente vivida. No quiero creer, dice san Juan Crisóstomo, en la salvación de aquel que no trabaja por la salvación de su prójimo. Por tanto, los legionarios deben considerar a la Legión, como al campo al que el Espíritu Santo los ha llamado para cumplir sus deberes apostólicos con respecto al cuerpo místico.

El segundo punto que deseo hacer resaltar sobre el título del Espíritu Santo y las almas de los otros, es que cada legionario debe convencerse de que el Espíritu Santo es un amigo íntimo tanto del no legionario, como del legionario; y el legionario debe siempre respetar la actividad del Espíritu Santo en otros, y el Espíritu Santo es soberano y dirige a la gente por diferentes caminos. Los legionarios pueden recordar que el Espíritu Santo y nuestra Señora no siempre llaman ala Legión a los que son dignos, sino a aquellos que ellos quieren llamar. El visitado puede ser más digno que el visitador.

Se han celebrado hace unos años, el centenario de las apariciones de Lourdes. Por grandes que sean los milagros de Lourdes, el verdadero milagro será siempre la niña elegida por nuestra Señora para ser su mensajera ante el mundo. Nadie, fuera de María, creo que hubiera elegido a Bernadette. Su pobreza su insignificancia, sus muchas imperfecciones eran tales, que años después de las apariciones, preguntado un jefe de policía de Lourdes por qué había tardado tanto tiempo en creer a Bernadette, respondió con toda franqueza: “Yo me hacía esta pregunta: ¿es posible que la santísima Virgen se aparezca a esta vagabunda, que no sirve para nada, y es hija de una familia desprovista de prestigio?” Si la Legión hubiese estado en Lourdes un año antes de las apariciones, hubiera sin duda visitado a la familia Soubirous, la más pobre y más hambrienta del pueblo, con la particularidad de que siete de sus miembros vivían en celdas de la cárcel. Me aventuro a sugerir que hubieran salido de la casa, sin tener la menor idea del heroísmo que latía detrás del semblante pálido y tímido de la niña mayor de la familia.

Una hipótesis casual como ésta puede ayudar a los legionarios, especialmente a los más jóvenes, a fijar en sus almas la gran reverencia que deben tener hacia las almas de los otros. La primera señal de amor de Dios es el amor al prójimo, y la reverencia es parte de ese amor, una reverencia razonable hacia el mundo invisible detrás de cada rostro, aun del rostro del pecador.

En este contexto se podía desarrollar con provecho la idea de que el amor que el Espíritu Santo tiene por un alma es completamente desinteresado, en el sentido de que El nada tiene que ganar de su unión con aquella alma. Su amor brota únicamente de su propia iniciativa. No depende de la bondad de la persona, pues todo lo bueno y amable de una persona proviene del mismo Espíritu Santo. Ni se afecta por los fracasos de las personas, por lo que proviene de la persona misma. Amor tan sublime es el Espíritu Santo, que continuará amando a una persona sin descanso, a pesar de su debilidad, de su cobardía y aun de apartarse de El por el pecado. De aquí se sigue, que uno puede “afligir al Espíritu Santo”, siendo menos bondadoso hacia alguien que se ha apartado o parece haberse apartado de Dios.

Si es que hay alguna impresión que deba sobresalir en esta ponencia, creo que se reducirá a que debe hablarse más sobre el Espíritu Santo. Un poco que se hable con frecuencia es mejor que hablar mucho raras veces. El mencionar con insistencia esta materia, ayudará a promover esa presencia del Espíritu Santo, el estar alerta a su influencia, que caracteriza toda espiritualidad genuina. No basta, por supuesto, el conocimiento, pero tratándose de la devoción al Espíritu Santo, se necesita en gran manera. “Ni siquiera *sabemos...*”, decían los pobres efesios. No puede haber verdadero y firme amor, donde falta el saber y entender lo que es amor.

Y puede que no esté fuera de lugar el mencionar que, tratando de comunicar el saber, los mismos directores espirituales serán los primeros en aprovecharse de sus propios esfuerzos. Hay un don del Espíritu Santo que atañe de un modo especial a los directores espirituales y es el don de consejo.

Y en momentos de duda sobre la posibilidad de todo ello, para salir de duda, lo que se necesita es pensar en la Virgen de Nazaret, que ha hecho que todas las maravillas, del Espíritu Santo sean creíbles.

LA LEGIÓN Y LA ORACIÓN
RVDO. P. BIRCH

Al venir a hablar a un grupo de sacerdotes sobre la oración en la Legión de María, confieso que me siento completamente insuficiente para tratar sobre la materia. Si es verdadera la importancia de la oración para el socio ordinario de la Legión, por lo mismo se sabe que debe ser mucho más importante para el sacerdote de la Legión. Sé que, sin oración, la Legión sería un escarnio, y que el sacerdote, sin oración, sería una contradicción; y, sin embargo, cuando vuelvo los ojos a mi propia vida, me siento muy incómodo por lo que hallo dentro de mí. A pesar de todo, existe cierto consuelo en la idea de que uno puede perseguir y pensar con provecho sobre lo que actualmente es, y, al seguir, podemos alcanzar el valor en nuestras discusiones y oraciones aquí y apuntar más eficazmente hacia ideales que reconocemos y sabemos que deberíamos esforzarnos en conseguir.

Todos los sacerdotes, al ordenarse, se han comprometido seriamente a darse a la oración. Nos damos cuenta de esa obligación, aun cuando esto sea causa más de preocupación que de regocijo, por razón de nuestros fracasos en vivir conforme a esta obligación en nuestro espíritu. Lo peculiar de la oración del sacerdote en comparación con la oración del seglar es que, por su naturaleza, la oración del sacerdote debe ser primera y principalmente pública. La oración litúrgica es de rigor en la misa y en la administración de los sacramentos; y a ella se unen los fieles que asisten con el sacerdote y, además, la Iglesia oración pública; los fieles oran con él, porque es la oración de la Iglesia. Estos actos litúrgicos son oraciones públicas en el estricto sentido técnico, pero, además de éstos, hay otros que pueden llamarse públicos por diferentes razones y en cierto modo son hasta más públicos. Toda la vida del sacerdote es pública; y debe ser una vida edificante y de buen ejemplo en la oración. Esta obligación tiene su origen en el derecho canónico. Por consiguiente, el sacerdote jamás está solo, y no puede exigir estar aislado en su oración. La edificación que se espera de él debe agrupar al pueblo en su derredor, de suerte que se unan a Dios por medio del sacerdote. Y no es esto todo; el pueblo espera que él sea hombre de oración en provecho del pueblo. A sus ojos, se espera que sea especialista en la oración. Para esto fue elegido y preparado. Esperan que cumpla con la parte de la obligación de orar que tienen los seglares. El sacerdote está entre Dios y el pueblo como un doble agente, presentando a Dios las aspiraciones y esperanzas del pueblo y consiguiendo para ellos las gracias y las inspiraciones, y enseñándoles cómo deben abrir sus corazones a la voluntad de Dios. En este sentido, es claro que todas sus oraciones sean oraciones públicas, oraciones representativas.

En esta oración pública, el sacerdote debe tener socios. Debe estar constantemente edificando, es decir, revivificando la Iglesia de Cristo, con las palabras y con el ejemplo. El pueblo debe ser instruido en hacer esto. El sacerdote es el encargado de enseñarles. Como representante de Cristo, debe siempre estar preparado a que le supliquen como a Cristo: "Enseñanos a orar"². La enseñanza puede ser dificultosa en un mundo perturbado. A veces, cuando las multitudes se agrupan en su derredor, el alboroto puede ser demasiado grande y por eso se alegrará de llevar algunos aparte, para hablar con ellos íntimamente de oración y dirigirles en sus plegarias. La enseñanza eficaz es más efectiva, cuando los discípulos son pocos en número. El Príncipe de los maestros se llevó aparte a doce. El sacerdote de la Legión sigue ese ejemplo.

Es bueno insistir desde el principio en una cosa muy importante. Si ha de sobresalir delante de su pueblo y cumplir con sus diversas obligaciones de orar, orar por ellos, orar con ellos, enseñándoles a orar, su oración pública puede que no baste. El sacerdote debe ser asiduo en sus propias oraciones privadas. Para asegurar esto, la ley exige de él ciertas condiciones mínimas. Estas son las que la Iglesia considera como meramente esenciales para

² Lc 11, 1

el sacerdote, si es que ha de esperar ser un hombre de oración para su pueblo. Son la meditación, las visitas al Santísimo, el rosario de cada día, el examen diario, la frecuente confesión, los retiros de costumbre y las conferencias. Es de notar que estos ejercicios tienen una característica común: todo se reduce a que escudriñe su propio corazón, y, en esto, sí que puede el sacerdote tener su espiritualidad privada. Estos ejercicios indican que, sin meditación atenta, le será imposible realizar todas estas funciones con propiedad en el mundo en que vive, porque pueden mezclarse los valores del mundo, y es importante estar seguro de que no suceda esto. Así, pues, no puede eximirse de estas obligaciones. Estas obligaciones le darán la fuerza para comunicarse con otros. Los medios, ligeramente modificados tal vez para acomodarse a sus necesidades, darán la fuerza a su pueblo. En todas sus obras, y en las de su pueblo, el sacerdote debe estar dispuesto a dirigirlo en la oración. Ellos deben orar, por supuesto, pero él debe orar con ellos y por ellos y arreglárselas para resarcir por sus defectos, pues, al igual que Cristo, no es sacerdote para sí, sino para ellos. El debe comunicar su espíritu a su pueblo, como lo hace cada maestro, y ese espíritu debe estar conscientemente modelado en el espíritu de Cristo.

Pero el sacerdote debe también orar por medio de su pueblo. Sus vidas virtuosas, sus oficios, su celo por cumplir sus deberes, sus oraciones las hace suyas, por su oficio de presentarlas al Padre. Son parte de la ofrenda suya y del pueblo que hace la ofrenda en la misa; se unen, como dice el papa Pío XII, a la ofrenda del sacerdote y a la ofrenda de Cristo en la misa para presentarlas al Padre. Son, pues, parte de la oración del sacerdote y tiene obligación de aumentarlas y mejorarlas en calidad. Ahora bien, las obras buenas de los seglares se hacen muy a menudo solo por razones naturales. Esto es malgastar claramente el material espiritual. El sacerdote se toma el trabajo de enseñarles el modo de espiritualizar sus obras. Debe tomar, por así, decirlo, las acciones y aspiraciones naturales en sus propias manos y hacer ver a su pueblo cuán fácil les sería convertirse en hombres de oración, haciendo todas las cosas con la debida intención. Esta fue la razón de ser de su ordenación sacerdotal, para que lo que ellos bendigan sea bendito y consagrado en el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Este poder de consagrar no se refiere únicamente al sacrificio de la misa; es privilegio del sacerdote y también su obligación el hacer que su pueblo cambie sus acciones naturales y les dé nuevo valor, envolviéndolas en la caridad que viene de Dios. Nosotros llamamos a eso hacerlas meritorias. Para esto, debe él estar en íntimo contacto espiritual con el pueblo que hace las obras y en contacto con el Espíritu Santo que es la fuente de la gracia. Esta unión e intimidad de la Legión de María hace que el contacto con el pueblo le sea más fácil. El espíritu .que anima a la Legión asegura que la presencia del Espíritu Santo haga siempre cumplir su función santificante.

La necesidad que los hombres sienten de que alguien santifique sus obras ordinarias es clara en las dudosas circunstancias del mundo que nos rodea. El interés, por ejemplo, en la radiodifusión y transmisión de cuestiones religiosas, demuestra el ansia que tiene el pueblo de que haya alguien que responda a sus perplejos problemas. La atención que prestan a los comunicados del Santo Padre aun gentes extrañas ala religión y los discursos que pronuncian personas de tan diversa índole como Merton, Cardijn, Lombardi o Sheen, prueban la misma necesidad. La gente comprende que sus vidas son superficiales; se sienten defraudadas al ver que sus acciones terminan cuando acaban de ponerlas por obra y buscan una fórmula que les dé saciedad y permanencia. Por eso, hay muchos que buscan falsos profetas y fundamentan vanamente sus esperanzas en un socialismo idílico que dé significado extrínseco a actos de menor importancia. Esperan que, al hacer sus actos por la nación o por la humanidad, estos actos se convertirán en algo más grande y elevado, pero esto les da poca satisfacción y la elevación de miras que buscan es ilusoria. El remedio que buscan se fundamenta en el naturalismo; la paz que ellos buscan es la paz efímera que les ofrece el mundo, y, porque se sienten repetidas veces defraudados, tienden ala desesperación. De lo que se dan cuenta es de que la desesperación es completamente ilusoria, porque solamente son equivocados los

medios que escogen. Y, sin embargo, tienen la disposición de ánimo de aprender. La ocasión es, por tanto, oportuna para enseñarles el verdadero remedio. El espíritu de oración, como señaló el papa Pío XII, es el único remedio contra el espíritu de derrotismo. Es, como dice el papa, el arma de combate y de victoria. Un mundo agitado por la duda se asusta ante las cruces, fatigas y desilusiones de la vida; solamente con la oración puede alcanzar la tranquilidad inmutable. Y esta calma tranquila puede alcanzarse por medio de la Legión de María, hasta en un mundo hinchado de vanidad. Esta debe ser una consideración de veras primordial, si se ha de enfrentar con los problemas del día. La vuelta a lo sobrenatural es hoy de capital importancia; todo lo demás es secundario. Y solo se puede alcanzar con el espíritu de oración. Si la Legión deja de enseñar al mundo a orar, ha fracasado completamente. ¿Cómo puede hacer esto?

La oración se basa en la fe y, por eso, la primera obligación del sacerdote debe ser vigorizar la fe viva y vital. Su pueblo debe ver la fe en él. Creo que debe personificar en su pueblo, y sobre todo en el *Praesidium*, todas las cualidades del espíritu de fe, que ellos imploran en su oración. Así, pues, su fe debe ser valiente y resuelta y firme. Sobre todo, debe ser animada por la caridad. Todo debe hacerse por Dios. Los visitados por los legionarios y los que los visitan deben unirse con Dios por medio del sacerdote. Los primitivos cristianos mostraban su amor a Dios en su comportamiento con los demás, y, con ello, ganaron alabanzas y aplausos de los que se fijaban en su proceder. Esto era orar; pues, aun cuando esos mismos cristianos no dijese una sola palabra, oraban con aquellos a quienes, casi sin saberlo, atraían a alabar a su Dios ya aceptar su mensaje. Su amor era una prueba para quienes Cristo era Dios y enviado del Padre. Las obras de la Legión deben dirigirse al mismo fin. Las obras que hacemos deben hacerse en espíritu de oración, basada en la caridad. Esto es esencial si hemos de obtener resultados. “Una parroquia, dice el papa Pío XII, que se acuerda todos los días de orar al Señor, no tendrá que esperar mucho para ver con sus propios ojos señales evidentes de que la vida se renueva en su interior”³; y la vida para el cristiano y para la parroquia es la gracia: “y ya no vivo yo; es Cristo quien vive en mí”⁴. Lo mismo es verdad del *Praesidium*.

Ahora bien, la oración no significa meramente la oración de súplica. La oración suplicante vale sin duda, y es posible que aun los sacerdotes no le den el justo valor. Nosotros incitamos a nuestra gente a que oren por sus necesidades y pidan oraciones a otros, pero no oramos nosotros mismos lo bastante. Es el principio de la vida espiritual para cuantos andamos en este valle de lágrimas. Es reconocer la necesidad; se hizo necesaria por la caída del hombre. Pero, porque es una señal y un reconocimiento de nuestra conocida debilidad, existe el peligro de que tienda a preocuparse demasiado de nuestras necesidades propias y de nuestras miserias, y en ese sentido, es egoísta.

Pero la oración significa algo más. El niño aprende a conocer a sus padres porque le ayudan cuando él pide ayuda; de aquí aprende a amarlos por sí mismos. Así, la oración debe subir de la súplica para alcanzar la ayuda de Dios, al reconocimiento de su poder y bondad y belleza. El cristiano ordinario empieza a orar, suplicando. Pide el auxilio de Dios porque lo necesita. Muchos no pasan de aquí, pero, debidamente dirigidos, pueden y deberían avanzar por lo menos hasta aquel estado de oración menos egoísta como es el de rogar por otros. No debemos vituperar la oración suplicante; sería falta el limitar la oración a ese punto. Cuando la gente ha aprendido a orar por sus necesidades, puede instruirse y aprender a orar, sin preocuparse por sus necesidades, concentrándose en dar a Dios lo que es suyo. Este es un gran progreso espiritual y no es tan difícil de llegar a él como parece. Indico que la organización de la Legión de María es ideal para desarrollar una espiritualidad más avanzada; y, si no se usa, es perder el tiempo. El legionario ordinario puede alcanzar un alto grado de santidad,

³ OR, 21 de enero de 1953.

⁴ Gál 3, 20.

progresando en la oración. El primer paso es el de orientar a la gente a que deje lo que podemos llamar oración egoísta. El director espiritual puede hacer esto, enseñando a orar por las obras que hace el *Praesidium*. El legionario comprende pronto que, para ser emprendida con éxito una obra, debe ésta ir precedida y acompañada de la oración. Toda obra de caridad hecha como se debe contribuye a la salvación, porque ayuda a completar lo que falta a los sufrimientos de Cristo. La salvación es una obra sobrenatural, que se puede alcanzar únicamente por medios sobrenaturales. Antes de la pasión, el Salvador se retiró con sus apóstoles a orar; así, al legionario se le debe separar del mundo y llevarle a un Getsemaní espiritual, para orar por el éxito de su empresa. El apartamiento del mundo puede ser la junta de la Legión. “Aguardad aquí y estad en vela”⁵. “Sentaos aquí, mientras yo voy allá a orar”⁶, dijo Cristo a sus discípulos. Fue este el modo de darnos el Maestro una lección importante en un momento solemne. Los legionarios deben saber que si creen que la obra intentada por otros no es de su incumbencia, la tal obra podrá resentirse y es fácil que la entereza de espíritu les falte en la hora de la propia prueba. Puede ser que hallen, como hizo san Pedro en aquella ocasión, que lo único que pueden ofrecer es una ayuda encolerizada, que resultará peor que inútil, porque impedirá la obra del Señor.

De esto se deduce que el paso a la oración por la obra del Señor es muy natural. Además, esto se puede hacer por medio de la Legión y por medio de los miles de legionarios, cuyas obras necesitan de la oración. No es fácil hacer que la gente ordinaria, que se ocupa en una obra ordinaria, ore por una cosa abstracta como es el prójimo. Pero cuando ese prójimo se identifica con gente como yo mismo, que hace el mismo trabajo, que actúa por motivos similares, que sirve bajo el mismo director, es fácil amar y orar por el prójimo. Gradualmente, la oración del legionario tendrá fundamentos más amplios e incluirá no sólo la labor del *Praesidium* y hasta la labor de la Legión, sino a todos los hombres que se ocupan en la labor del Señor. Naturalmente, todos cuantos tienen necesidad en este trabajo, serán incluidos en su oración. De esta manera, todo el mundo será el objeto de la oración del legionario y el mundo hambriento de unidad no podrá menos de llegar a una comprensión. Cuando haya llegado a este estado de cosas, la estatura espiritual del legionario habrá subido de tono de una manera notable por su oración suplicante, y su apostolado se habrá extendido metódicamente. El elemento de interés propio se habrá reducido a muy poco en aquella oración y la oración misma se habrá transformado en un acto de pura caridad, y la caridad es el vínculo de la perfección que ata a los hombres entre sí y los une con Dios.

El segundo grado es la perfecta caridad y éste es sorprendentemente fácil. El hombre ha pasado ya de la oración personal suplicante a orar por la labor de sus socios más próximos. Aquí, como ya vimos, el elemento personal está todavía presente, pero de manera menos notable. Cuando ha aprendido a proceder más allá de sus compañeros para orar por la labor y espíritu de toda la Legión, el paso al verdadero amor de todos los hombres en Dios, es una jornada muy corta. Entonces es cuando siente la necesidad de su propia santificación. Quiere vivir una vida y pensar unos pensamientos que sean dignos de aquellos con quienes está unido, lo cual, a su vez, será un digno ofrecimiento que contribuya a sus esfuerzos espirituales. Después de esto, con vacilaciones y, por decirlo así, incidentalmente, pero después más directa y valerosamente, estimará estos esfuerzos como una contribución a la bondad de Dios, ofrecidos a él íntima y francamente. Este es un grado al que llegan muchos legionarios, según me lo dice la experiencia. No hay más que oír sus discusiones francas y su aceptación sincera del punto de vista de Dios. No es orgullo o presunción, como piensan algunos que no conocen la Legión. Es sencillamente el reconocimiento natural de lo que puede hacer la gracia cuando eleva a los humildes. Los legionarios alcanzan este grado al tratar de vivir conforme a su oración, es el espíritu que les pondrá en contacto con aquellos

⁵ Mc 14, 36.

⁶ Mt 26, 36.

que necesitan su ayuda, o están y andan en tinieblas, o son tibios o están muertos por el pecado. Han aprendido a ver en éstos a Cristo ya extender sus brazos hacia El. El sacerdote que lo dirige debe tener el mismo espíritu.

Cuando se ha alcanzado este grado, las oraciones del legionario llegan a ser como el gloria o el credo, reconocimiento exacto de la bondad de Dios, actos de perfecta caridad. Señal de ello es que los legionarios saben dar gracias a Dios hasta por las cruces y por los fracasos. Y que nadie diga que esto es exigir demasiado de los cristianos ordinarios. Nuestras madres tienen este espíritu de fe y bien supieron ellas aceptar con gusto la voluntad de Dios, hasta en el infortunio y en la muerte. Para los que han llegado a este grado, el pecado resulta la única maldad, porque es la transgresión de la voluntad de Dios y el sufrimiento que se padece como miembro del cuerpo místico se mira como una cosa gloriosa, una contribución a los sufrimientos redentores de Cristo. Así, pues, por medio de la oración el legionario sabe llegar a buscar siempre la voluntad de Dios y a aceptarla con alegría en todas las cosas. Así consigue la paz y se encuentra tranquilo ante la desgracia, porque sabe servirse de ella para su provecho.

Puede suceder que algunos de mis oyentes encuentren alguna seria dificultad. Hemos estado suponiendo que podemos construir sobre el fundamento de la oración. Pero hay muchos en el mundo moderno que manifiestan sencillamente no saber orar. No sé si esta actitud era ordinaria en el pasado. Ciertamente que san Agustín conocía esta situación y nos ha descrito la desasosegada vaciedad que muchos sienten hoy y que aflige sobre todo a la gente joven. Creo que la tensión nerviosa es en parte responsable de ello, pues es cierto que tal tensión es la característica de nuestros tiempos. Además, existe una actividad precipitada e impaciente para hacer las cosas y esto convierte al mundo en un lugar tan ruidoso, que apenas si podemos oír la voz de Dios, con el resultado de que estas gentes creen que Dios ha dejado de hablar a la generación actual. El silencio de Dios es tema de los escritos modernos; no hay, pues, que admirarse si los que los leen se niegan a aceptar autoridad alguna que hable en nombre de Dios y rechacen la divina misión de la Iglesia. La paz, que es esencial para orar, es imposible en tales condiciones. La incapacidad para orar conduce a dudas no fácilmente rechazadas contra la fe.

Esto no es en absoluto extraño hoy día aun entre buenos católicos. Muchos de vosotros, seguramente, habéis sentido igual inquietud al ver a jóvenes que han abandonado la frecuencia de sacramentos o que se acercan rara vez a la sagrada mesa, porque les parece que los sacramentos no satisfacen. La mayor parte de estos jóvenes son sinceros. Son enérgicos en defender las nociones que tienen de la fe. Tienden a analizar ya interrogar para entender; buscan substitutivos de las antiguas prácticas en movimientos seculares y dan a estos movimientos un no pretendido significado. Declaran que los antiguos métodos no sirven hoy día que sus ideas son mejores para el mundo actual. Rechazan la mejor parte y se lanzan con demasiado entusiasmo a un torrente de actividad natural. Muestran toda la impaciencia de la juventud y en su ansia por luchar con los problemas que les rodean, se encuentran desilusionados al ver que no pueden alcanzar cierto sentido de bienestar personal con éxitos visibles. Y, así, se hacen nerviosos. Quieren conseguir contacto con Dios, mediante el éxito de sus propios esfuerzos por El. Y son generosos en sus esfuerzos a su modo, y no son en realidad egoístas. Como el joven del Evangelio, desean ser perfectos, pero los medios que emplean para alcanzar la perfección deben ser aparatosos. Cuando se les dice que el camino hacia la perfección es el tranquilo camino de la oración, se sienten desconsolados. ¿Podemos ayudarles?

En primer lugar es indispensable, a mi modo de ver, el comprender que podemos hacerles daño si somos intolerantes con su modo de obrar. Merecen nuestra caridad. No debemos abandonarlos como si fuesen un ejemplo del espíritu irreligioso de nuestros días. Estas gentes jóvenes no son irreligiosas, aunque aparenten serlo. No nos engañemos en esto; muchos de ellos se encuentran muy solitarios y sufren. Tienen buenas intenciones y debemos

buscarlos y hacer de ellos hombres dóciles. Son hombres serios y, a veces, demasiado serios. Echan de menos la ayuda de la oración. Están desilusionados y no tienen ellos toda la culpa. Tienen razón cuando dicen que la atmósfera del mundo, dominado por la manía de la actividad en que viven, no es propia para darse a la oración. No tienen sin embargo razón, al pensar que la idea de oración que ellos tienen es la única verdadera. Sus mejores características son el entusiasmo y la voluntad de sacrificarse, pero estas cualidades se marchitan ante las muchas desilusiones. Mientras perduran, deberíamos canalizarlas y hacer uso de ellas, y para eso, tenemos un magnífico precedente, pues Jesús hizo esto Con san Juan y san Pedro.

Y a la verdad que estos jóvenes son como san Pedro de muchas maneras. Tienen la misma naturaleza impetuosa, impaciente y generosa, y la misma intolerancia en su modo de ser. Jesús reconoció en Pedro el mérito completo de sus cualidades y lo puso donde podía hacer el mejor uso de ellas y le perdonó sus faltas. Después de la tensión y la desilusión del triunfo y caída en desgracia Con el Señor, en los días que precedieron a la pasión, Pedro no sentía ganas de orar. En lugar de eso, sus pensamientos se volvían hacia su antigua manera de obrar, como lo hizo antes de conocer a Jesús. Así, pues, volvió sus pensamientos a la espada y al mutilamiento de miembros, creyendo que esto sería más efectivo. Estos jóvenes piensan también en arremeter para defender al Señor contra los peligros de la pasión, en lugar de orar con El en la agonía. Hasta pueden llegar a negarle, pero eso no prueba que ya no le amen. Y más tarde también, como san Pedro, podrán enseñarnos una lección provechosa, si nuestro apego a la tradición llega a ser un estorbo para la labor del Evangelio.

No hay duda ninguna, que el conocimiento de los sufrimientos del Señor condujo a san Pedro a pensar con rectitud. Por eso, aprendió lo que significaban las lecciones que el Maestro le había dado durante tres años. Esta manera de pensar le preparó para la venida del Espíritu Santo y quedó dispuesto para poner su naturaleza generosa a la disposición del Señor. El mismo conocimiento, y nada más, transformó estas cualidades. Y este conocimiento lo pueden adquirir todos, meditando en las diversas formas de sufrir del cuerpo místico. Este contacto puede hacerse por medio de la Legión. Usando estos medios, creo que las almas esencialmente generosas pueden volver a orar de nuevo, aunque es muy posible que su oración pueda ser superficialmente diferente de la nuestra.

Deberíamos recordar que nuestras nociones de oración pueden ser algo restringidas y que esta restricción puede ser responsable de parte de esta dificultad. Si ello es así, debemos corregir y ampliar nuestras nociones. Hay algunos que pudieran sostener que estas nociones sobre la oración son propias de religiosos, los cuales podrían fácilmente apartarse del mundo y de sus distracciones y recogerse para la oración en la contemplación tranquila. Las nociones, dicen, se ajustaban bien a la relativa paz del pasado, pero no son para el presente. Para la mayor parte del mundo moderno, esta paz en un lujo casi imposible, y nada tiene de extraño si el pueblo no puede orar, porque se le ha dicho que tal paz es un prerequisite. La popularidad de los ejercicios cerrados, y más sorprendente todavía los mucho que piden se les admita en las órdenes contemplativas, demuestran que la necesidad es muy grande. Pero, mirando desde otro punto de vista, el entusiasmo con el que los seculares aceptan hoy la oración litúrgica, oración que se manifiesta en simbólicas acciones comunitarias, indica el modo de satisfacer las ansias del pueblo cristiano ordinario. No es otra cosa que orar con ellos y por medio de otros. Tenemos una lección ante los ojos.

La esencia de la oración en el mundo, como en otras partes, es la expresión del amor de Dios. Y el amor de Dios puede expresarse presentando a venida del quien El ha enviado a otros en nuestras vidas. “Sed seguidores míos, como yo lo soy de Cristo”⁷, puede decir todo cristiano. El fin es la unión y armonía, la cual es, a su vez una débil imagen de la visión

⁷ Cor 4, 16.

beatífica, “para que sean una cosa, como nosotros somos una cosa”⁸. Pues el amor sobrenatural de los cristianos los une a Dios y entre sí, por el Espíritu Santo. Cuando los primitivos cristianos excitaban la admiración de los demás por el amor que se tenían mutuamente en Cristo, su amor provenía de Aquel que inducía a otros a buscarle. Los cristianos predicaban su salvación a estos otros. Y continuaban orando “que venga tu reino”, de la manera más efectiva. Proporcionaban a Dios los medios humanos que su misericordia pide para hacer efectiva aquella oración; y ésa es sin duda una oración mucho mejor que la expresión de un deseo. Es también una oración que debería atraer la atención de las gentes de que he estado hablando. Los cristianos demostraban al mundo que el poder transformador de la gracia de Dios es bastante grande para vencer el egoísmo hasta el pecado. Así, rechazaban la desesperación de una era triste, materialista y egoísta. De esta manera, podía palpase que Dios vivía en ellos; en vez de ser naturalmente depravada, la naturaleza humana era sobrenaturalmente elevada. Esto era algo que los obligaba a estar agradecidos. La naturaleza humana santificaba el nombre de Dios, mereciendo tributos de alabanza y amor a Dios en cada una de sus personas, Criador, Redentor y Santificador. Tal vez podía parecer que ellos no tenían mucho tiempo para la oración seria, pero, a pesar de todo, oraban. Oraban con alabanzas, que los otros se veían forzados a tributar, casi siempre contra su voluntad, a la bondad y caridad de Dios, a quien los cristianos servían y seguían. Demostraban que la gracia de Dios podía transformar la naturaleza humana.

El darse cuenta de este poder del ejemplo llama la atención de la mayor parte de los legionarios y, al principio, la necesidad que sienten de él es para ellos un obstáculo. Muchísimos declaran que no pueden tomar parte en la obra de la Legión, porque no son lo suficientemente buenos; y, por eso, sienten que sus vidas no son un ejemplo suficiente para que otros trabajen. En esto, se equivocan. La unión estrecha con la Legión disipa esos temores. Eso les demuestra que las vidas ordinarias, bien llevadas, son las que se necesitan, y toca al director espiritual enseñar a los socios jóvenes y adultos, cómo hacer de las obras ordinarias un acto de oración. Necesitan se les enseñe cómo asociar y conectar los actos de caridad con la infinita caridad de Cristo, para que queden consagrados y elevados y tengan más valor y poder. Deben aprender a pensar con la Iglesia de Cristo: “Tened entre vosotros los sentimientos que os convienen como a miembros de Cristo Jesús”⁹. Deben también aprender a consagrar su trabajo con aquel espíritu y a practicar esto, observando la conducta ordinaria del *Praesidium*, que está bien dirigido por un hombre de oración. La reunión del *Praesidium* ordinario puede considerarse como una valiosa lección de oración. Se celebra con regularidad. Se empieza la junta con una invocación al Espíritu Santo y se pone en contacto íntimo con nuestra Señora. Los entendimientos de los socios se enriquecen con la lectura espiritual. Se tienen las juntas a puerta cerrada y se evitan las distracciones cuanto es posible; los valores mundanos y la concentración en sí mismo se dejan fuera. Los socios hablan francamente de sus obras y se invita a la discusión. El director espiritual aprovecha su experiencia sacerdotal para sugerirles pensamientos que les ayudarán a renovar el espíritu y tomar su trabajo con una intención que está de acuerdo con la intención de Cristo. Terminada la junta, se recuerda a los socios que dependen de la oración y que, aun cuando la obligación de trabajar es estricta, el fruto depende solamente de Dios, y así pueden quedar en paz consigo mismos. Aprenden también que en sus vidas deben dar ejemplo a los otros. Aprenden a aceptar la responsabilidad en sus tareas, que en ordinarias circunstancias no aceptarían, porque se lo pide una autoridad legítima constituida. Este disponer de sí mismo les hace más dóciles a la gracia ya sugerencias más amplias de la religión.

Sería una exageración insinuar que ésta es una meditación en el sentido más estricto de la palabra, pero me parece que la junta semanal de la Legión tiene muchos rasgos distintos de

⁸ Jn 17, 22.

⁹ Flp 2, 5.

la meditación. El espíritu es el mismo y los resultados también son los mismos; todos y cada uno de los legionarios se ayudan a sí mismos con la emulación espiritual; se ayudan a formar la mente de Cristo en sus almas. También ayuda a otros lo que contribuye al hecho de reconocer el aspecto religioso de la vida. Para los que viven en el mundo, este substitutivo de la meditación es tan importante como la meditación misma la es para el religioso o sacerdote. Produce un espíritu de examen de los motivos propios y una actitud de estar dispuesto a aceptar el toque de la gracia, venga de donde venga, ya buscar los medios de cumplir la voluntad de Dios, aun cuando la naturaleza pueda inclinarse hacia otra parte. También aprenden los legionarios en la junta a conocerse a sí mismos, a reconocer sus debilidades y, sobre todo, a pedir de veras a la fuente de fortaleza, el Espíritu Santo, por medio de .Jesucristo. Y al igual que la gente que vive en el mundo, alcanzan todo esto con la ayuda de los otros; y cada uno advierte que él es una unidad que cuenta en el ejército al que se le urge siempre a entrar en batalla para luchar por Dios.

Finalmente, siempre está la santísima Virgen presente ante los ojos. Ella es el modelo que enseña a cada legionario a formarse a sí mismo, si es que ha de acercarse a Dios. Sus relaciones familiares se deben reproducir en la junta, su amor por su hijo se reproduce en el corazón de cada uno. Después de Jesús, su amor por la humanidad que sufre es de lo más tierno. Por su medio, podemos llegar hasta los que sufren y hasta aquellos cuyos sufrimientos les pueden ayudar. El cristiano ordinario puede hallar que la oración le es difícil por algún tiempo; la oración a nuestra Señora le será más fácil, porque ella es “más perceptible a los sentidos”, como dice Garrigou-Lagrange. En tratándose del sacerdote, ella enseña que la publicidad de su vida de oración se puede combinar con el espíritu de retiro. Ella muestra también cómo la pureza de la devoción hacia su hijo puede desafiar y vencer los dicterios y golpes del enemigo. Ni siquiera las turbas clamorosas trataron de separarla de la cruz de su hijo. Ni tampoco se opusieron a los que la acompañaban. Estos compañeros del Calvario nos deben dar la confianza que necesitamos en las empresas de nuestra Legión.

Una palabra más. Tal vez se puede afirmar que el estado de perfección en la oración, que he presupuesto es el blanco de la Legión, es demasiado alto para la gente ordinaria. Reconozco la objeción que se me hace, pero aseguro que no es válida. La palabra del Maestro es “sed perfectos” y para que no haya duda sobre la clase de perfección a que se refiere, añade, “como vuestro Padre celestial es perfecto”¹⁰.

Esto creo yo que responde a la objeción. Es un mandato y no somos libres para ignorarlo ni nosotros, ni nuestro pueblo.

¹⁰ Mt 5, 48.

LA LEGIÓN Y LA PERSECUCIÓN

RVDO. P. AEDAN Mc GRATH

Aquí me presento para hablar de la Legión y la persecución. Es inverosímil que se le ocurriese al Hno. Duff en los primeros días de la Legión, que ésta había de ser perseguida. Pero el hecho es que desde el principio ha sido perseguida de una u otra manera, hasta por gentes a quienes trata de ayudar. Hace pocos días vi un ejemplo de eso. Estaba yo observando la labor de los legionarios con otro sacerdote de otra parroquia. Había hablado a los fieles en la misa y procuré interesarles en la labor apostólica. Había invitado a la Legión para ayudarnos, y allí estaban, fuera de la puerta de la iglesia, preguntando a la gente que salía si les importaba la Legión y si deseaban alistarse para trabajar. Comprendí entonces que yo no tendría el valor de hacer esto. Tenía miedo. Tenía miedo de que alguien pudiera negarse y, sin embargo, estos legionarios recibían repulsas en su empeño por servir. Había alguno que decía no, por supuesto; pero la mayoría daba su asentimiento. Tenía miedo de ver miradas duras y desaires; miraba esto como una forma de persecución menor.

En segundo lugar, la Legión tenía que hacer frente a una persecución más dificultosa y ésta provenía de nosotros mismos, de los sacerdotes. Por lo que a mí respecta, nací en Dublín, fui ordenado sacerdote en Dalgan Park y, sin embargo, jamás había oído cosa alguna de la Legión, hasta llevar varios años en China, y consideraba entonces que se trataba de un movimiento de poca importancia. No me hubiera atrevido a tocarlo, de no haber intervenido el deseo expreso de nuestro anterior obispo, Mons. Galvin. No sabía yo nada de la Legión y, como muchos otros, le achacaba poca prudencia por ciertos casos aislados. No me paré a pensar si también a mí me faltaba esta virtud. Recuerdo con tristeza, que yo he alejado de mí algunas personas en China por mi mal carácter, y de haber tenido que acercarme después a ellas con toda humildad para ganarlas de nuevo, si es que tenía la suerte de conseguirlo. Pero era inexcusable en un legionario una pequeña falta de tacto. Esa también puede ser una forma de persecución, aunque ligera; quizás no pueda llamarse persecución, pero, a pesar de todo, resulta a veces bastante pesada.

No creo que debemos considerar la idea de persecución verdadera como una imposibilidad. Mis colegas y yo, que hemos tenido el privilegio de vivir en la cárcel por la Legión de María, no podemos ver medio alguno de escapar del comunismo, si no es volviendo por completo a vivir la vida de cristianos. Aun ahora, podemos ver las señales de disturbios que amenazan a la Legión en muchas partes. En Egipto y en el África ecuatorial francesa. También en el sur de África empiezan a alistar en la Legión a blancos y negros, y eso puede significar también que la Legión podrá ser perseguida.

Pero volvamos los ojos a China, a la que conozco mejor. Cualquiera de los que han trabajado allí, desea volver a vivir con aquellas magníficas gentes. Cuando llegó la persecución, la Legión estaba todavía en su infancia. Sucedió esto en 1937, pero la Legión no se desarrolló hasta 1948, cuando el arzobispo Riberi, representante del Santo Padre, manifestó su deseo de que se extendiese por todo el territorio de China. Entonces se propagó como fuego devorador. Se propagó de una manera tal, que indujo a creer a muchos aquí, que no duraría por mucho tiempo, y que no podía establecerse sobre bases sólidas. Pero su juicio resultó erróneo. Tal vez, se habían olvidado de la devoción que tiene el pueblo chino a nuestra Señora.

No llevaba mucho tiempo el comunismo en China cuando la gente comprendió que odiaban a la Iglesia católica, y, sólo unos meses después, la emprendieron con la Legión de María, como si fuese su mayor enemigo dentro de la Iglesia. Me pidió el arzobispo Riberi, que me encargase yo de fundar la Legión de María en China. Se ha llegado a decir, que yo la fundé en 90 diócesis. Eso no es verdad. Fundé, sí, *Praesidia*, aquí y allí, y la Legión de María hizo lo demás. Salí de cada uno de estos sitios tan pronto como pude, por temor de estropearlo

todo. “Déjalo que lo hagan ellos y déjalo también a nuestra Señora”, era mi lema; y tuvo éxito.

Viajé por muchas partes de China y eventualmente llegué a Chungking. Ya no tenía intención de moverme; quería permanecer allí y tratar de hacer algo por china. En el mes en que llegaron los comunistas, quisieron paralizar a la Legión. Yo protesté diciendo: “No podéis paralizar esto; ésta es una organización religiosa”, y les di un Manual. Sabéis bien lo que es leer un Manual; no es fácil en inglés, pero en chino, es espantoso. Pero vosotros posiblemente no sabéis que estos comunistas leyeron el libro en una semana y lo entendieron, y cuando lo devolvieron, dijeron: “Esta es una organización maravillosa, casi como el comunismo”. Esta era una gran alabanza, viniendo de donde venía. Vieron algo en la Legión, que al igual que su propio sistema, se acomodaba a las necesidades modernas. El Hno. Duff ha hecho notar que éste es *el espíritu de la Legión*. Ambos, comunismo y Legión, empezaron al mismo tiempo, usaron del mismo sistema de maestro y aprendiz, tenían las mismas juntas semanales y daban la labor detallada; hasta usaban el mismo color -el rojo del comunismo y el rojo del Espíritu Santo- tal como se usa en la Legión. El plan de acción comunista era infiltrarse para ser la levadura de las masas y no iban a permitir que otro alguno se infiltrase sino ellos mismos. Lo que ignoraban era el espíritu de la Legión. Saltaron por encima de las páginas que trataban de nuestra Señora y creyeron que esas páginas no tenían importancia. Pero no pudieron apreciar que eso era precisamente lo que hacía que la Legión marchase y continuara marchando en todo el mundo.

Yo no lo esperaba, pero me dejaron volver a Shanghai y allí esperé todo un año a que me arrestasen, porque era bien claro que los comunistas habían decidido atacar a la Legión y atacarla fieramente. Había por este tiempo más de mil *Praesidia* de la Legión. Los comunistas conspiraron un plan llamativo para aplastar y someter a esta organización, para luego usarla para implantar la Iglesia cismática. Para ellos, la Legión era el instrumento perfecto, si tenían la suerte de someterla a su dominio. La Legión, a lo más, existía desde hacia tres años; para muchos de los legionarios, sólo existía hacia pocos meses, o hacia algunas semanas para otros. Pero era un sistema que les daba el desarrollo que garantizaba el método; los aprendices aprendiendo de sus maestros en las juntas semanales. Mirando hacia atrás, parece imposible que la Legión hubiera podido sobrevivir.

En agosto de 1951, el arzobispo Riberi fue expulsado de China. Días más tarde, fui yo arrestado con el P. José Seng y el P. Matías Cheng. Por todas las partes de China fueron arrestados los clérigos. Pasado un mes, empezó el ataque ala Legión misma. Empezó sólo después de que todos habíamos sufrido muchas experiencias terroríficas. Una de éstas fue la gran purga que se hizo en Shanghai. Como he dicho antes, yo esperé todo un año, para acabar siendo arrestado. En Chungking, millares desaparecieron de las calles en una sola noche. Ahora, en Shanghai, 10.000 y aun 20.000 y hasta 30.000 fueron apresados de repente, durante la noche y, a la mañana, no había señal de ellos. Estos arrestos fueron seguidos de ejecuciones diarias en muchas partes de China. Camiones llenos de gente volaban por las calles, tocando las sirenas para aterrorizar más a la gente. Colocaron altavoces en los árboles a los dos lados de la calle, para que nadie pudiera escapar al terror que se estaba difundiendo por todas partes. El hecho de que en tres o cuatro años fueran ejecutados veinte millones, nos da idea de lo aterrador de aquellos días. Estos números los da la Revista *Time*. Durante este tiempo, uno de mis amigos temía que lo arrestasen y no lo podía sufrir. No durmió durante tres meses. Sabía que lo iban a prender y venía a menudo a nuestra casa, y día tras día se iba poniendo más flaco y más pálido. Mala era la situación e hice cuanto pude por consolarlo; y en el día en que me arrestaron, le dije: “no te intranquilies, tenemos todavía un poco de tiempo; ten ánimo”. Después de arrestarme a mí, me asusté al oír que mi pobre hombre se volvió loco por la falta de sueño, agarró un cuchillo y acabó con su vida.

Es bueno recordar estas cosas alguna vez, cuando leemos los periódicos y hayamos que algún pobre obispo se ha visto forzado a consagrar obispo a algún sacerdote de la nueva

Iglesia cismática. Nosotros, sacerdotes europeos, sufrimos comparativamente poco. Los sacerdotes y obispos chinos han estado sufriendo los últimos siete años, sin saber a donde dirigirse, sin nadie que les diese un consejo, sin saber si era posible comprometerse. Sería injusto juzgarles duramente, en especial, cuando no podemos saber si son ciertas las noticias que de allí llegan a nuestros oídos.

La campaña de terror llevada a cabo por los comunistas por toda la China, no tenía otro fin que intimidar a los legionarios. Deberíamos recordar que muchos de estos legionarios, niños y niñas, hombres y mujeres, procedían de familias muy amadas de Shanghai. Sabemos que Shanghai era una ciudad rica y que algunas de estas familias católicas eran ricas y tenían mucho que perder por su actitud hacia la Legión. Muchos de entre ellos eran jóvenes de ambos sexos, bien educados en el Sagrado Corazón, en los jesuitas y en los hermanos maristas. Algunos habían sido bautizados hacía poco tiempo y sus padres y madres les suplicaban que fueran sensatos, que dejaran la Legión y no trajesen molestias a la familia. El ver a su madre de rodillas a su lado, suplicando que deje esas cosas, es peor que la presión comunista. Yo me sentía avergonzado por mi cobardía. Para hablar con honradez, suspiraba por salir de China y oraba. Solía hacer todos los días el vía crucis, para conseguir fortaleza de la pasión de Cristo y solía repetir la oración que aprendí de pequeño: “Señor, que diste tu vida por amarme, que yo pueda morir por tu amor”. ¡Morir! Yo no quería morir. Estaba amilanado; sentía que era un perfecto hipócrita. Dejé de rezar esta oración y recé, en cambio, la oración del Señor en el huerto. Me parecía mucho mejor. “Padre, si es posible, que pase de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad, sino la tuya”.

En realidad, quería salir. No estaba preparado para sufrir afrentas y muerte. Había oído cómo habían matado a muchos otros sacerdotes. Había oído lo que eran las cárceles; una celda de cuatro pies de ancha; no se permitía hablar o toser o estornudar; ni siquiera cerrar los ojos. Durante el primer mes, preguntas continuas. No se podían leer libros, era forzoso estar sentado todo el día, y así, día tras día, semana tras semana, mes tras mes. Estos pensamientos de prisión y los altavoces dando trompetazos mientras uno paseaba por las calles de Shanghai, producía un efecto terrible en todos nosotros. Y yo pensaba en los niños y niñas legionarios, que sabían todo esto y seguían todavía en su labor apostólica. Algunas niñas legionarias se habían cortado el pelo muy corto, para evitar que los piojos les molestasen en la prisión; sabían que podían arrestarlas en cualquier momento. Empezaron a dormir en el suelo, en sus propias casas, para acostumbrarse a los sufrimientos.

Después de mi arresto, cuando empezó el ataque a la Legión, se erigieron en Shanghai cuarenta estaciones de policía con quinientos oficiales especiales, preparados para apuntar los nombres de aquellos legionarios que iban voluntariamente a registrar sus nombres. Había anuncios en los que se decía que, si los legionarios firmaban de su puño y letra y declaraban que la Legión de María era una organización reaccionaria y secreta, se les perdonaría, y si no, eso traería consigo la prisión y la muerte. Solamente unos pocos de entre los débiles marcharon a las estaciones de policía y firmaron los documentos; y sabemos que la mayoría se arrepintió después, y fueron rehabilitados. Hasta la gente joven fue arrastrada y llevada ante la policía y se les tuvo de pie toda la noche durante interrogatorios interminables, y con todo, se negaron a firmar documento alguno. Fueron repetidamente visitadas las familias, y nota interesante, no sólo se visitó las familias de los legionarios activos, sino también a las de los auxiliares. Los comunistas no distinguían entre éstos y los otros; no se equivocaron diciendo después, como lo hacemos nosotros algunas veces, que “sólo se trataba de miembros auxiliares”. Consideraban a los auxiliares como partes vitales del sistema. Calculamos que, en la primera redada de presos, algo así como mil legionarios fueron ejecutados en China; y la gran mayoría están sentados y estancados en las horribles prisiones. A mi modo de pensar, fue la preparación de los legionarios la que trajo tanta gracia a estas gentes jóvenes y la que les dio fortaleza para sufrir tanto.

He observado a los comunistas en su labor durante veinticuatro años en China. Cuando subieron al poder en 1949, se desembarazaron de los extranjeros y los humillaron cuanto pudieron. Quedaron por algún tiempo algunos hombres de negocios, pero fueron arrestados por razones equívocas, y confiscaron sus negocios y no hubo reparaciones. Las grandes potencias estaban completamente indignadas al ver a sus súbditos tan indignamente tratados y exigieron excusas y reparaciones y el que dejasen libres a los prisioneros. Es bueno recordar que, cuando pedían estas cosas, solamente las grandes potencias tenían la bomba atómica y temían; además, ejércitos preparados y escuadras y aviones y prestigio. Los comunistas ni siquiera se dignaron responder. Era posiblemente la primera vez que en la historia de las grandes potencias sucedían tales cosas. Estaba perfectamente claro desde el principio, que los comunistas no tenían miedo a las grandes potencias, ni tenían miedo a las cosas materiales ni temían a los ejércitos ya las bombas. Decían con frecuencia: “¿Quién tiene miedo a la bomba atómica? Ciertamente que China no la teme; podrían echar media docena de ellas en China y nadie se enteraría. Echen media docena en cualquier otra nación y sería otra cosa completamente distinta”. No temían a las cosas materiales y, con todo, después de haber pasado ocho años de lo que el Santo Padre ha llamado tal vez la mayor persecución de la historia, todavía están preocupados con la Iglesia católica, y ahora están tratando de convertirla en la Iglesia cismática. Todavía están publicando edictos contra la Legión de María. Ciertamente, que ésta es la mayor alabanza que posiblemente pudiera tributarse a la Legión de María.

Se hace difícilmente razonable el alegar tales afirmaciones sin poner algunos ejemplos. El presidente del *Senatus* de Shanghai era un hombre de negocios, perteneciente a una antigua familia católica. Tenía una casa confortable y esposa y cinco hijos. Se llamaba Francisco y sabía muy bien que, al cumplir sus obligaciones de legionario y de buen católico, se exponía al peligro. Era para mí evidente que Francisco tenía seis razones para abandonar su posición como presidente del *Senatus*, y éstas eran su mujer y sus cinco hijos. Sin embargo, aceptó su responsabilidad y así lo hicieron su esposa y sus hijos. El pobre Francisco lleva ya siete años en la cárcel, y lo último que sabemos de él es que se ha desmayado en su celda, atado con esposas y con sus manos a la espalda, porque se había negado a firmar el documento en contra de la Legión.

El vicepresidente de la Legión de María en Shanghai era un bien conocido doctor en medicina. Era el director de un gran hospital, y Shanghai no es una ciudad de poca importancia. Este pequeño doctor tenía también una hermosa casa y esposa y cinco hijos. Ambas familias venían todos los días a recibir la comunión regularmente. Algunos días antes de que me arrestaran, me puse enfermo y este pequeño doctor vino a visitarme. Me gusta recordar que, una vez que había terminado de tratar mi enfermedad, se sentó y me dijo: “Padre, repítame una vez más la doctrina de san Luis María Grignon de Montfort. Dígame una vez más, cómo es eso de vivir en María y con María, para que pueda vivir más cerca de Jesús”. Yo le dije: “doctor, ¿qué es lo que usted opina sobre lo que nos va a pasar a los dos?” Y él respondió: “Estoy muy bien preparado”. Luego, alguien le preguntó: “Y ¿qué va a ser de su pobre esposa, de sus hijos y de su familia?” El doctor sonrió y dijo: “Mi esposa es excelente. Sepa que me dijo que siguiese haciendo lo que hacía por Dios y por su santa Madre y que no me preocupase por ella. Ella cuidará de los niños”. Había verdadero heroísmo en China aún, en 1951.

Hace dos veranos, cuando estaba yo en Hong-Kong, procuré indagar algo sobre este pequeño doctor y averigüé que, después de cinco años de sufrimientos, había salido de la cárcel y seguía en el hospital cuidando de su familia, pero no pude conseguir más información. Hace algunos meses, los diarios católicos de Hong-Kong me trajeron frescas noticias de él. Había sido arrestado de nuevo, por no cooperar bien con los comunistas. Así, pues, cinco años de sufrimiento no habían quebrantado su espíritu y ni siquiera la vuelta a su esposa e hijos le habían debilitado. Todos y cada uno de la familia debieron mostrarse fuertes

con él para infundirle valor, para enfrentarse de nuevo con la prisión. Aquel pequeño doctor ha sido sentenciado ahora a ocho años.

Hablemos ahora de Juana Hsiao. Al salir yo de la prisión, estaba un poco desilusionado y deprimido, porque creía que, por todas partes, debía estar el mundo admirado de China. Creía que con los medios modernos de radio y televisión, de seguro que todos habían oído hablar de estos magníficos jóvenes, niños y niñas, que se negaron a dejar de propagar su fe y que fueron a la cárcel y aun a la muerte, con el rostro alegre y sonriente. Pero estaba desilusionado. Los héroes del mundo eran todavía los héroes fingidos de la radio y del cine. No habían oído todavía hablar del magnífico pueblo chino. No les echo la culpa; echo la culpa a la prensa mundana a la que estamos suscritos, la prensa que se supone nos proporciona las noticias. Aparentemente, esa prensa no está interesada en los mártires de Cristo.

Nuestros jóvenes tienen derecho a que se les cuente la historia de Juana. Era una joven amable. Acababa de graduarse en la Universidad de Pekín y salió cualificada para enseñar a alumnos de carrera. Pero ella siguió su vocación. Sabía que a los sacerdotes se les ponía toda clase de dificultades en su ministerio diario y que los legionarios no podían propagar la obra de la Legión. Ella se decidió a servir de ayuda a todos. Sabía por experiencia que no se podía mover de una a otra ciudad, sin permiso de la policía y sin interrogatorios sin fin. Pero se formó un plan. Se vistió con el uniforme de la juventud comunista; gorra, blusa y falda kaki, y posiblemente hizo lo que otros, es decir, llevar colgando del pecho las medallas de los héroes del día, Marx, Lenin, Stalin. De este modo, Juana pudo viajar por toda la China. Se fue derecha a Manchuria, al norte de China. Más tarde, se puso en contacto con algunos sacerdotes y les preguntó si tal vez la habían conocido. Claro que la conocían, porque se presentaba en las casas de los misioneros y les asustaba al verla con su uniforme. Luego los asustaba todavía más, al decirles que quería que fundasen algunos grupos de la Legión de María. Todo lo que pedía Juana a los misioneros era que fundasen algunos grupos de la Legión de María, para que, cuando fueran ellos expulsados, pudieran los legionarios seguir trabajando y propagando la fe. Estábamos nosotros, los sacerdotes, temblando y temiendo que nos llevasen a la cárcel y hete aquí a esta joven, sin miedo y dispuesta al combate. El arzobispo Riberi estaba indignado al oír que ella trataba de “salvar lo que dejaban los misioneros”. El arzobispo decía: “Nosotros no estamos salvando, estamos atacando”. Juana, en cierta ocasión, se fue a un convento y, sabiendo que había un comunista que sospechaba de sus movimientos y la seguía, llamó a la puerta, y, mientras la abrían, se formó un plan. La primera monja que abrió la puerta le bastó para el caso. Juana le echó los brazos al cuello y le dijo: “Oh, tía, ¿cómo estás?” La monja hizo bien su papel y el comunista, plenamente satisfecho, se marchó.

Fue también Juana quien se presentó en un convento a las doce de la noche, sacó a las monjas de la cama –y eso llevó su tiempo–, las reunió alrededor de una mesa y les enseñó el sistema de la Legión de María. Las tuvo allí por espacio de dos horas, empezando por el rosario. Luego les dijo: “Hermanas, debéis aprender a dirigir la Legión de María ahora, porque yo debo marcharme mañana, antes del amanecer”. Cuando Juana llegaba a pueblecitos rurales, cambiaba su uniforme y se ponía vestidos de aldeana y, vestida de esta manera, se acercaba a los sacerdotes.

Estando en estas andanzas, Juana estaba persuadida de que, tarde o temprano, sería atrapada por la policía, pero debía trabajar mientras tuviera tiempo. Sabemos que fundó trescientos sesenta *Praesidia*, antes de que la prendiesen. Juana había sido invitada a visitar Irlanda para estudiar y formarse como enviada de la Legión; y, en calidad de tal, podría haber salvado su reputación y también su vida, pero ella dijo: “No, me necesita China”. Al salir de la prisión me dijeron que la habían condenado a doce años de cárcel.

Hubo otra magnífica joven de edad de dieciocho años, que era presidenta de uno de mis grupos, y se llamaba Noelle. Era muy pequeñita, y, con todo, era inteligente y cumplía a

maravilla su oficio de presidente del *Praesidium*. El padre de esta joven y su abuelo eran médicos; y cuando ella terminó en el convento del Sagrado Corazón de Shanghai, estudió el primer año de medicina en la universidad de los jesuitas, la “Aurora”. Sé yo muy bien que Noelle era esclava de María desde la edad de ocho años y que continuamente estudiaba los libros de Montfort. También sé que Noelle se había arreglado con las monjas carmelitas de Shanghai, para entrar en el convento y ser carmelita, una vez que hubiese conseguido el grado de doctor en medicina. Entonces podría hacer su servicio de monja y ejercer como médico. No conocía el miedo Noelle y así solía venir a nuestra casa de Shanghai, aunque esta casa fuese tenida por casa de criminales por los comunistas. Cuando yo le dije una vez que sentía desaliento porque los comunistas se habían puesto contra la Legión de María, esta joven dio con su pie contra el suelo y dijo: “Padre, no debería usted entristecerse por eso. Esto es glorioso”. Y ella, una adolescente, me estaba dando lecciones sobre la gloria de la cruz. Sabía ella muy bien que la Iglesia sale siempre triunfante de las persecuciones. Sabía también que tras la persecución viene la resurrección y que la Legión de María estaría mejor adornada con la corona de la persecución.

Fue Noelle quien traía a sus jóvenes legionarios por las calles, llevando cada uno de ellos el Nuevo Testamento en la mano y recordando con alegría a san Mateo en el capítulo 5, 11. “Bienaventurados seréis, cuando os insulten y persigan y propalen contra vosotros toda clase de calumnias por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque grande será en los cielos vuestra recompensa”. Noelle solía también traer a sus compañeros de universidad a nuestra pequeña capilla, todos los domingos, para oír predicar aun sacerdote chino las injusticias de los comunistas. No tenía miedo este sacerdote y había estado en la cárcel durante ocho años por su intrepidez. Noelle y sus compañeros oían con avidez lo que se predicaba, aun sabiendo como sabía que junto a ella se sentaba una joven, que había sido bautizada por instigación de los comunistas, con el expreso fin de traicionar a sus compañeros. Esta joven comunista escribía cuanto decía el sacerdote y apuntaba los nombres de cuantos acudían a nuestra capilla. Al terminar, se santiguaba, hacía la genuflexión y se iba derecha a los comunistas y les entregaba lo que había escrito. Noelle sabía esto demasiado bien. Yo le avisé y amonesté, y ella se echó a reír y dijo: “y ¿qué malo hay en ello, Padre?”. Cuando apareció en los periódicos de Shanghai una carta en la que me acusaban de ser un agente secreto y, se persuadieron de que mi arresto era inminente, Noelle y sus compañeros se dieron prisa a venir a mi casa y congratularme por las noticias. No necesito decir que mis rodillas temblaban y chocaban una contra otra.

Cuando salí de la cárcel, una de las primeras cosas que hice, después de procurarme noticias de mi madre, fue inquirir dónde se encontraba Noelle. Oí que, por entonces, llevaba ya dieciocho meses en prisión, lo que significa que, para ahora, lleva en la cárcel como seis o siete años. ¡Pobre joven! Deseaba ser carmelita donde no podría hablar más que dos o tres veces al día. Y se había pasado seis o siete años sin hablar con nadie, pareciéndose en esto más que nadie a una carmelita.

Podría seguir hablando sin fin sobre estas maravillosas gentes y, con todo, quiero solamente narrar algunos ejemplos. Primero, estas historias nos darán valor para orar por aquellos niños y niñas y por todos los perseguidos. En segundo lugar, la lección que yo quería sacar de todo esto es que se ve claramente que los comunistas no se asustarían ni de cañones ni de soldados. Pueden presentar ellos abundancia de cañones, como ya lo sabemos, y pueden hacer alarde de más soldados que nosotros. Y sin embargo, ¿qué es lo que pueden hacer? y ¿qué pueden contra Francisco y el pequeño doctor, contra Juana y Noelle? ¿Qué pueden hacer con esos cientos y miles de gentes que no quieren amoldarse a la línea del partido que no están por poner al comunismo sobre Dios? Todo lo que pueden hacer es encerrarlos a muchos en una celda y vigilarlos. Si los dejan visitar otras celdas, hablarán y convertirán a los que viven con ellos. Estarán continuamente propagando el cristianismo que los comunistas tratan de extirpar.

De hecho, estas historias dan respuesta a todos nuestros problemas. Es bien claro que ya recibimos la respuesta a estas cosas hace dos mil años, cuando Cristo nos dijo: “Id y predicad el Evangelio a toda criatura”. Estas palabras las dijo Cristo a los apóstoles y éste fue el mandato que les dio, pero había allí también quinientos hombres y éstos, tomando a pecho este mandato, ayudaron a propagar el Evangelio por todo el mundo entonces conocido. Sabemos que los comunistas están decididos a propagar el comunismo por todo el mundo, y, como me dijo mi pequeño juez, están determinados hasta a “liberar a Irlanda”. No dijo de qué la librarían, pero ya lo sabemos. Quiso decir que la habían de librar de Dios y de la santísima Virgen y de todo cuanto estimamos y queremos. Los dos últimos papas nos han dado la dirección al decirnos en términos bien claros que cada uno de los católicos seculares deberían procurar la propagación del Evangelio. “El mundo es de quien lo ama y de quien demuestra ese amor”. Estas son palabras del Cura de Ars. Los comunistas están procurando demostrar que ellos aman al mundo y que los demás debemos tomar parte en ello. Francisco y Juana, el pequeño doctor y Noelle nos han dado buen ejemplo. Que todos y cada uno de nosotros, sacerdotes, hagamos que nuestros católicos seculares sientan que nosotros los necesitamos y que nosotros, como sacerdotes, les damos a todos y cada uno un puesto de honor en nuestras filas, para que puedan ejercer su celo apostólico. Si nosotros cumplimos con nuestro deber, el católico secular responderá de seguro y dará la respuesta adecuada a todos los “ismos” en un cristianismo vivido al día.

EL SACERDOTE DEBE TENER SOCIOS*FRANK DUFF*

Empiezo esta ponencia diciendo que aprecio sobremanera vuestra presencia en este lugar. Ha sido necesario hacer algún sacrificio, pero os aseguro que esto servirá de estímulo a los legionarios, porque la Legión depende del sacerdote. Me voy dando cuenta de que la asamblea ha sido un éxito rotundo y tal vez era justo que así lo esperásemos. Estaba muy bien preparada y se ha llevado a cabo de un modo admirable, bajo la presidencia de nuestra Señora. Siempre se deja ella sentir y, aparentemente, ella se hizo sentir de una manera sorprendente. Todos están conformes en afirmar que hemos asistido a un acontecimiento memorable.

Se me ha señalado un tema y me he propuesto tratarlo con toda seriedad. Estamos aquí congregados como hermanos en una reunión que trata de nuestra estrategia. No haríamos justicia a las circunstancias que nos rodean, si ignorásemos los males irremediables de nuestros días, sobre todo si nos proponemos remediarlos: Ya hemos visto las cosas sorprendentes que han sucedido por la labor de la Legión. No quiero hacer hincapié sobre este asunto, pero sería vivir fuera de la realidad si no reconociésemos que es una fuerza desencadenada en el mundo, la cual debemos explotar al máximo. Al hablar de la Legión, no excluyo alguna otra organización análoga, aunque no es fácil descubrir algo semejante.

La Legión de María es la organización propia del sacerdote. Toda ella depende de él. Se afirma que es una prolongación de él mismo. Este hecho no se ha apreciado por completo en el pasado. Hubo originariamente, en el país de su fundación, una tendencia a considerar a la Legión como un usurpador que invadía el campo de acción del sacerdote. En Europa continental, por el contrario, se tenía una idea más acertada sobre este asunto. Estaba de moda allí el hablar ligeramente sobre la Legión como de un puro clericalismo, que estaba indebidamente bajo la autoridad del sacerdote. Se alegaba que esta condición la inhabilitaba para ser considerada como auténtica Acción Católica, que debía mostrar mayor independencia. Y como resultado, la Legión no ha recibido ayuda suficiente.

Ha tenido también la Legión gente que se ha opuesto por varias razones. La idea corriente era que no podía considerarse como Acción Católica, porque no se especializaba en el campo social ni en la organización de clases y así de lo demás. Este concepto erróneo se oponía a la Legión en muchas naciones, tales como Italia, Francia y España, hasta hace muy poco. Pero esa fase de la historia se puede decir que tuvo fin en octubre de 1957, cuando el papa Pío XII hizo su sensacional declaración al Congreso del Apostolado Seglar en Roma. Dijo entonces el papa, que los obispos no tenían libertad para excluir una sociedad apostólica y digna, por la simple razón de no ser Acción Católica. Aunque no mencionó la Legión, sin embargo, cuantos estaban allí presentes comprendieron que aludía a la Legión, e inmediatamente después del Congreso, el Sr. Veronese tuvo una conferencia de prensa, en la que declaró que aquellas palabras se referían a la Legión de María. Y ahora viene el nombramiento de un personaje distinguido del Vaticano, Mons. Bafile, como director espiritual de la Legión en toda Italia. Esta es una circunstancia excepcional, porque Italia ha sido una de las naciones que más se ha opuesto a la Legión de María. Este nombramiento, hecho por la Comisión Episcopal de Acción Católica en Italia, parece a propósito para que todo el mundo la reciba bien en Italia.

Todos estos sucesos, mirados en conjunto, son en sí muy significativos. Bien pronto se han de abrir los ojos de todos y aparecerá claramente la importancia de la Legión. Voy, pues, a hablar de esa importancia y dirigirme a vosotros, porque de vosotros principalmente depende la Legión. Quiero demostrar que la Legión es algo más que una mera organización desde vuestro punto de vista. Intento ir más lejos y quiero decir que la Legión es necesaria para todo sacerdote, de tal manera que, sin ella o algo análogo, será él algo incompleto. Le

faltarán algo que necesita. Y ese elemento que falta es tan definitivo, que, sin él, su trabajo y su carácter llegarán por fuerza a sufrir algún detrimento. No conseguirá lo que se supone que debe ser, ni lo que puede hacer. Pasará su vida sin efectuar una sola fracción de sus posibilidades cuando se debería encontrar en disposición de medir horizontes. No encontrará una salida para sus posibilidades. Ciertamente que llevará a cabo una gran labor, por cuanto logrará salvar su alma de una manera respetable, pero no cumplirá con su misión sacerdotal; ni tendrá influencia en el mundo. Y la materia sobre la que vamos a hablar, es nada menos que de vuestros deberes y de vuestra competencia para sacudir y mover y moldear el mundo entero.

Hoy por hoy, la Legión es el ideal como mecanismo sacerdotal. Está en posesión de las mismas perspectivas, los mismos métodos, y lo que es más importante, tiene en sí el elemento de una subordinación apropiada y cabal. Los seglares se dan cuenta de su puesto en la Legión y se ajustan a él completa y ansiosamente. No tengo que explicar este punto porque vosotros, los que trabajáis en la Legión, lo conocéis bien. Es un carácter distintivo que no se encuentra invariablemente en las sociedades laicas. Sería difícil que el sacerdote hallase un medio mejor de expresarse y multiplicarse. Esta idea de difundirse es vital para la función sacerdotal, no sólo por ser parte de su esencia, sino por razón de la escasez de sacerdotes en relación con las necesidades. Es también necesaria psicológicamente, porque un contacto efectivo y suave con el pueblo, exige una clase mediadora, o lo que pudiéramos llamar una clase interpretativa, que participa del punto de vista de ambas partes. Tiene que tener la perspectiva del sacerdote y al mismo tiempo pertenecer al pueblo. Pone de manifiesto al uno y al otro y sirve y forma el eslabón que los une.

Además, en ciertas circunstancias, y de hecho en muchísimos lugares, hoy el sacerdote está aislado. Es muy fácil apartarle y excluirle, y ése es el primer paso que se da en todos aquellos lugares donde se descatoaliza el pueblo: arrinconar al sacerdote. Hay poblaciones enteras, en las que el sacerdote no puede entrar si no es por un representante suyo. Tomemos por ejemplo las naciones tras el telón de acero, donde al sacerdote lo señalan con el dedo. Se le espía constantemente y se le siguen todos sus pasos. La gente tiene miedo de conversar con él. El P. McGrath os presentó un cuadro de China en el que, en la primera etapa de la Iglesia cismática, los sacerdotes eran llevados en grupos y separados del pueblo. Entonces, el gobierno pensó que tenía al pueblo donde le convenía tenerlo, y ciertamente hubieran vencido, de no intervenir la Legión, que tan oportunamente se había desarrollado. Y la Legión salvó la situación. Se puede objetar que esos casos de cotos reservados al comunismo son extremos y que no pueden aplicarse a otros ambientes más normales del mundo. Es verdad, son casos extremos de momento, pero sólo es cuestión de grado. Ese peligro para la religión está latente en todas partes. Su síntoma será siempre el alejar al sacerdote. Una clase consagrada debe procurar no vivir como clase separada. En muchos pueblos, el clero se ha convertido virtualmente en clase separada.

Dirijo ahora mis ojos a Sudamérica, donde el problema pudiera parecer que es la escasez de sacerdotes suficientes. Las naciones que mejor están, gozan de una proporción de un sacerdote por 4000 personas y el caso más extremo, Guatemala, tiene un sacerdote por cada 25.000 habitantes. Esto significa que, por ejemplo, la ciudad de Cork tendría que contentarse con cuatro sacerdotes, uno de los cuales sería el obispo; otro estaría ocupado en un puesto administrativo, y al fin resultaría que solamente uno podría dedicarse a las tareas pastorales. Este problema de Sudamérica ha sido causa de muchas discusiones y esfuerzos de carácter ferviente con el fin de buscar más sacerdotes. ¿Es que el hecho de conseguir algunos sacerdotes más, salvará la situación en Sudamérica? No. No es suficiente. Por otra parte, Italia que tiene suficiente número de sacerdotes hasta llegar al número de 56.000, no muestra claramente que haga grandes progresos para acercarse debidamente al pueblo. Por lo tanto, el multiplicar los sacerdotes en Sudamérica o en otro campo similar y no hacer más, no es resolver el problema, y, tal vez, ni siquiera tocarlo. Es verdad que eso significaría que habría más pueblos donde pudiera haber misa. Hay innumerables pueblos en Sudamérica, donde no

se dice una misa semanal, ni siquiera una misa mensual. Si hubiera suficiente número de sacerdotes, esos pueblos podrían tener misa frecuente, pero eso no atrae al pueblo a misa. Si no hay un sistema por el cual los sacerdotes en persona o por su representante se acercan al pueblo y conversan con él de una manera tradicional, entonces poco se resuelve por el hecho de multiplicar los sacerdotes. Pero, fuera de la Legión, no existe posibilidad de conseguir la aproximación individual a los millones de personas de Sudamérica.

Pero, en realidad, el problema no es de pueblos determinados. Es cuestión de algo más general y radical. Creo que la primera condición para resolverlo es enfrentarlo, audazmente. A mi modo de ver, el problema fundamental es que en nuestros tiempos modernos, la característica vital de la conversión no se ha hecho sentir en la Iglesia. No hemos pensado en términos de conversión. Para justificar este aserto, basta con especificar el número de divisiones en materia de religión: los mahometanos, los judíos, los protestantes, los ortodoxos, los budistas, los hindúes. Tal vez pudiera alguno preguntar la razón de incluir a los hindúes y budistas. La razón nos la dan los números. En las dos naciones, la China y la India, la población pagana, en los últimos cien años, ha aumentado más de trescientos millones, llegando a contar mil millones, de los que son nuestros, siete millones. Ni siquiera parcialmente hemos seguido la marcha del incremento; y nada digamos de entrar en su núcleo.

No podemos sostener que las cosas anden mejor en el campo social doméstico en el mundo entero. Dirijamos la mirada a la prostitución, a las clases desamparadas ya todo el problema de los indiferentes, con las grandes masas de católicos no practicantes y el problema de la ignorancia religiosa que todo lo invade. No se atacan definitivamente estos problemas. En conjunto, nos hemos reducido a la táctica defensiva, de suerte que la idea que prevalece hoy en el mundo, es que la Iglesia se encuentra impotente, sin una solución para el problema. Esto, a su vez, ha producido el derrumbamiento de la moral entre el pueblo católico ordinario, trayendo consigo la caída y la progresiva destrucción.

Se podía discutir si lo antedicho no tiene aplicación aun en Irlanda. Ciertamente que esta nación producía mejor impresión hasta hace algún tiempo, pero ahora estamos más que preocupados. En una línea significativa, nuestros fracasos son más angustiosos que los de otros países. Se producen en medio de un catolicismo práctico con abundancia de sacerdotes, un control total sobre la educación y gran influencia sobre la legislación. Sin embargo, hemos visto la disolución de nuestras gentes, dondequiera que se les ha puesto a prueba, principalmente en Inglaterra. No tenemos en realidad principios nacionales hoy día, y como resultado, se ha producido el colapso de nuestra economía. Este colapso ha venido, porque descuidamos las reglas más elementales. No haría al caso, creo yo, culpar a los políticos, como está de moda en nuestros días, como si la Iglesia no hubiera tenido parte en todo este asunto, como si la religión y la vida ordinaria en tiempos pasados no hubieran estado entrelazadas entre sí.

En el pasado, hemos estado mirando a una posición religiosa mundial de irremediables dimensiones y gravedad. Se me puede permitir que presente una teoría sobre lo malo de nuestra situación: es claro que hay un vacío en el sistema católico, y en punto tan fundamental, como para producir un efecto cercenador. Es que, en todo sentido, el sacerdote se encuentra sin socios; y que el sacerdote sin socios se halla en la misma posición que nuestro Señor sin colaboradores. Está inmovilizado, privado de los medios de acción que había previsto. Y ¿qué puede resultar de esto, sino el caos de que estábamos hablando?

Se quiere que el sacerdote sea Cristo en el mundo, en el más pleno sentido de la palabra: Cristo el sacrificador, el organizador de la Iglesia, Cristo la fuente de los conocimientos religiosos y el maestro principal, Cristo el transformador de las naciones y el inspirador de los hombres. Pero el método de Cristo, para así darse del todo, fue el conseguir colaboradores y el ejercer sus funciones por medio de ellos. De no haber obrado así, su religión hubiera muerto con él en la cruz. Pero se ha perdido de vista este concepto. De una

manera general, podemos afirmar que el sacerdote se encuentra solo. Cuando invita a su pueblo a colaborar con él, la colaboración no es en cosas que tocan al ministerio sacerdotal. Es para fines materiales de alguna clase (siempre, por supuesto, con un último fin espiritual) o, a lo más, con un fin de apostolado social, en cuyo caso, se reduce a que el sacerdote entra en un movimiento secular, más que en reunir apóstoles para ayudarle en su función sacerdotal.

“Socios” quiere decir y significar algo así como empleados, adherentes, o adjuntos de conveniencia. “Socios” debe implicar una conexión o estilo de función y, por supuesto, de ayuda y actividad. Un verdadero socio debe ser una prolongación del sacerdote, que está a tono con su perspectiva, simpatizando con él. El socio debe tomar parte en la labor del sacerdote, en todo lo que abarca su ministerio; y ése es el punto en el que la acción seglar pone punto final y sólo allí. Si se pone una valla a la genuina participación de los seglares en el oficio ordinario del sacerdote, la expresión de “socios” es inapropiada.

Un socio es un miembro inseparable de su cabeza, y si se separa, es con perjuicio mutuo. Si el sacerdote se encuentra sin socios, se reduce a una dimensión insignificante, reducido al aislamiento ya la impotencia. Como *hombre individual* no se puede explayar. Puede ocuparse de la humanidad y sus problemas, de una manera general o teórica, lo cual equivale a nada, es decir, a hablar o escribir y nada más.

Cuando el sacerdote se ha reducido así a las dimensiones de *hombre individual* y cree que eso proviene de la divina dispensación, entra en juego una psicología desastrosa. El sacerdote tiene que inventar una fórmula que parece darle una relación práctica para salvar al mundo. Debe tener como fundamento el principio de que un hombre, por sí mismo, procura salvar a la multitud, es decir, que tiene que cortar el miedo y acomodarlo a su propia medida. Fórmulas como las siguientes se ponen en práctica.

Un subterfugio ordinario en tales circunstancias es la Fórmula de la Juventud. La explicación de esto es que los adultos han desaparecido por completo y que no se puede hacer nada en este particular. Así, pues, conservemos la juventud. Se casarán, formarán familias cristianas, y, en tal y tal tiempo, volverá a vivir la vida cristiana entre la población. Suena a algo plausible y se ha perdido infinito tiempo en la aplicación de esa fórmula. Se construyen colegios y en su funcionamiento se gastan sumas enormes. Se proyectan planes juveniles de todas clases. Pero, ¡santo cielo!, no habrá más remedio que admitir que el resultado final de tal campaña no nos obliga a cantar victoria. No puedo recordar un solo ejemplo, en el que haya habido éxito siguiendo el plan preconcebido. Ni se podía esperar otra cosa, porque eso era traicionar los ideales cristianos, cargando sobre su conciencia el abandono de la población adulta. ¿Quiénes somos nosotros para juzgar que los adultos son incorregibles? Eso no es de nuestra incumbencia; al contrario, nuestra obligación es procurar su salvación. Pero no; hay que prescindir de ellos, porque creemos que con ellos no hay nada que hacer.

Otra fórmula para que el hombre de espíritu se capacite para ajustarse triunfalmente al mundo sumergido en la irreligión universal es la que prescribe que el sacerdote se dedique devotamente a su interior; que ofrezca la misa y administre los sacramentos a cuantos vengan, pero permaneciendo él aislado en su casa parroquial. La fórmula sigue diciendo que, purificándose el sacerdote a sí mismo y convirtiéndose en un depósito de santidad, Dios irradiará entonces esa espiritualidad y elevará y convertirá a las multitudes, de hecho, mejor que si se hubiera tratado directamente de salvarlas, con el contacto sacerdotal. Vosotros que tenéis entendimiento práctico, os rebelaréis contra ese programa y lo calificaréis de fantástico. Pero ésa era la fórmula francesa y la han impuesto los franceses, así como otras muchas cosas, sobre una gran parte del sacerdocio del mundo. Ha convertido en virtud el abandono de la grey. Puestas las cosas así y por la razón de que no se podía aspirar a nada mejor, el catolicismo de la gente en general se convirtió en la fórmula de recibir el bautismo, hacer la primera comunión; casarse por la Iglesia y morir en la Iglesia. Y luego, sobre la pobre decadencia de una vida que se amoldó a tales condiciones, se pronunciaban bendiciones y

Deo gratias y todo lo demás. ¡Se había salvado un alma! Todo esto se acepta y se defiende, como si fuese lo mejor que se puede hacer. Y tal vez es lo mejor posiblemente, si vamos a contentarnos con la idea del sacerdote como *un hombre individual*.

No en todas partes se hunde tan profundamente la idea cristiana; no todos hacen estipulaciones de ese modo horrible con la irreligión, reconociéndola y prácticamente bendiciéndola. Pero es terriblemente fácil comenzar un proceso de modificar la expresión de cristianismo. Pongamos el ejemplo de pueblos que se conforman con lo más esencial y donde todos están satisfechos con ese modo de ver las cosas. ¿Qué más se puede pedir? La prueba la tienen al contar cuántos vienen a misa; y, si la proporción de los que faltan no es muy alta, se cree que las cosas no van tan mal. Pero, ¿no es ésa una fórmula intolerable y peligrosa? Porque hay multitudes que se acomodan a ella y son solamente medio creyentes, que no levantarían un dedo para defender la Iglesia y que, en realidad, están dispuestas a abandonarla por cualquier pretexto. Suplico que se considere un poco este crítico problema del creer a medias. Hasta cierto punto, me imagino que un católico cree; y que aun los caracteres más difíciles tienen fe firme. Pero al fin, llegué a darme cuenta de que, entre la grey cristiana, hay un número que se debe clasificar entre los que creen a medias. Están plagados de dudas y dificultades que los paralizan, pero que no las manifiestan, y, de este modo, no hay remedio para ellos. Siguen su fe, pero eso es lo único que tienen de cristianos. No convendría exponerlos a presiones adversas.

Y ¿cuánto abarca ese sector? Si la prueba se reduce a ver si tienen interés en hablar de religión o en ayudarla en lo más mínimo, entonces la clase negativa es bien grande. Tan general y tan manifiesta es esta timidez y esta impotencia entre los católicos de todo el mundo, que me aventuro a formular la cínica definición de un católico, como “uno que no está preparado para levantar un dedo en ayuda de otro, en punto de religión”. Es una definición espantosa, pero espantosamente aplicable.

Debemos temer a esas fórmulas fáciles de los procesos de decadencia en materia de religión. Porque, de esa manera, todo el mensaje cristiano se pervierte gradualmente, traducido a definiciones de casuística, sobre el mínimo que se requiere para salvar un alma. Tal vez esas fórmulas salvarán un alma, pero no cimentarán la Iglesia y gradualmente apartarán la gente, al reducir el cristianismo al nivel de las más mínimas causas.

Y no se salvará la situación si, al mismo tiempo, se propone a los elementos más dignos de entre los fieles otra fórmula de cristianismo que les dice que “oren” y reduce toda su vida a “orar”. Si oramos, mejor que mejor. Esas exhortaciones a orar suenan a lenguaje de fe, pero generalmente son únicamente un modo de decir que las cosas no tienen remedio. Se nos da a entender que esas montañas de irreligión serán trasladadas a otra parte, rezando unas pocas oracioncitas. Y cuán pocas van a ser en el caso de la mayoría de los hombres.

O, si proponemos el apostolado, se presenta bajo todos los aspectos, menos bajo la verdadera idea de apostolado. Existe el apostolado de la oración, el apostolado del estudio, el apostolado de la prensa, el de la liturgia, el del dolor, el de la radio, el de la acción social y así indefinidamente. Cada una de estas cosas es buena en sí misma, con tal de que acompañe y complete al apostolado natural cristiano, donde un alma busca a otra y le comunica el gran tesoro. Esa idea de apostolado directo y personal es el centro, el meollo esencial del sistema cristiano. El moderno paganismo que se ha olvidado de todo lo demás que atañe al cristianismo, reconoce este aspecto suyo. El cristiano se conduce de su prójimo y trata de servirle. Esto es todo lo que el mundo ha dejado. La fe ha desaparecido, pero esa clase de caridad sobrevive y, como dice san Juan en términos tal vez demasiado fuertes para la mayoría de nosotros, “basta”. Si ese centro se omite, todos los demás detalles se hacen perjudiciales, porque pueden encubrir una posición falsa. Sin ese meollo, tendríamos las plumas sin el pájaro. Nada puede reemplazar a esa parte esencial. El cristianismo no se reduce a creer. Es la práctica de ese credo por la acción en la caridad. Sin esa caridad en acción, la fe desaparece pronto y no habrá esfuerzo alguno capaz de conservarla. Esto explica el fenómeno

por el cual muchas de las antiguas naciones se han unido a los que no practican, y de la falta de práctica, han caído en la incredulidad.

Esta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe, dice el Evangelio. ¿Dónde está el remedio? En que la Iglesia trabaje como se pretende que lo haga; ésa es como una doctrina puesta en práctica; como un idealismo fogoso; como una cruzada por las almas; algo que ni el agua ni el fuego, ni ninguna otra cosa pueden detener. Pero la primera condición para lanzarse a esa aventura sobrenatural es que se proponga. Si nos proponemos algo de grado inferior, nos comprometemos a la empresa criminal de abandonar al pueblo en la ignorancia de lo que es el cristianismo. Por lo tanto, debemos enseñar el cristianismo real y no cualquiera de esas fórmulas parciales o mínimas para salvarse. Al cuerpo místico y nuestra Señora deben entenderlos nuestros cristianos como si fuesen el principio de sus acciones. Desde el momento en que se entienden, estas doctrinas nos estimulan a dedicarnos al servicio de las almas como a su primer principio, y solamente en la medida en que cada individuo se somete a la labor del apostolado, la Iglesia puede hacerse vigorosa y segura, y puede aspirar a hacer que otras almas entren en su seno. El llamar a ese programa fantástico, podría significar que dentro de nuestros corazones nos hemos enemistado con la idea cristiana. Porque el programa es propiedad de Cristo y la Iglesia es el medio. Es cierto que la Iglesia es muy poderosa, como lo fue en tiempos pasados, pero el contacto con todas las almas será imposible, mientras el sacerdote no esté rodeado de un ejército de colaboradores semejantes a él, que estén tan compenetrados con su misión, que se pueda decir que son sus miembros, saturándose de cuanto les puede dar, y obedientes a sus impulsos.

La Legión parece proveer lo que el miembro virtual debe poseer para que sea aceptado. Yo no encuentro ninguna otra sociedad que, como la Legión, tenga aquella afinidad con el estado sagrado del sacerdote. Al principio, hubo, sin duda, incertidumbre, pero creo que ahora se admitirá que la Legión ha dado muestras de su ortodoxia y de su adaptación a las necesidades. Ha dado pruebas de muchas cosas. Por medio de ella, los seculares pueden darse cuenta de esas grandes doctrinas que se han tenido a menudo como inaccesibles: el cuerpo místico y la maternidad de nuestra Señora. Por medio de ella, se puede movilizar un gran ejército, no un cuerpo pequeño de personas selectas que debieran haber sido sacerdotes o monjas, sino la masa general del pueblo, hasta el último en la escala social y el más humilde elemento de la población. A éstos se puede tomar y organizar en aquella afinidad con el sacerdote: distribuidos después en varios grupos y esferas de acción, como un ejército con sus diversos departamentos de energía, y enviados a sus diversas misiones, capacitarían así al sacerdote para cumplir con su oficio de ponerse en contacto íntimo con todas las almas. La Legión proporciona ciertamente aquella aventura verdaderamente cristiana, que puede excitar y hacer que cada individuo ordinario se prepare para cuanto ocurra. Bajo las cenizas de la indiferencia, duermen las chispas del heroísmo y el sacrificio. Deben ser reavivadas o no aparecerán, y eventualmente morirán. Sería un gran error pensar que una rara dispensación estaba operando en China; que otro Pentecostés tenía lugar allí y que no pasaba lo mismo en otras partes. Sería un error pensar así. Pues la épica de China se puede repetir en todas partes, hasta automáticamente. Y la prueba es la Legión. Ha demostrado que puede obrar conversiones; que puede enfrentarse con problemas y solucionarlos. Dondequiera que está en acción, ve uno la nota de las conversiones. Es una organización que promete, porque no se restringe a un lugar ni a diez, ni a cien sitios. En todo lugar existe esa feliz manifestación. Eso significa que tenemos poder para tomar la ofensiva; que, en un corto período de años, podemos hacer que la Iglesia triunfe. He aquí algunos ejemplos:

Tomemos, por ejemplo, un típico territorio rural francés, donde no se practica la religión y son anticlericales, etc.; estamos positivamente ciertos, nos aseguró el párroco, que nadie ha muerto sin sacramentos, desde que la Legión tomó a pecho su obra.

En Filipinas, la Iglesia se encuentra en proceso de renovación espiritual, partiendo de un estado de decadencia absoluta. No fueron los elementos selectos los que ayudaron a los sacerdotes a obrar esta maravilla. Fue el pueblo ordinario, sencillo y hasta iletrado.

Tomad a San Luis, en U.S.A., donde hace varios años inició el Sr. Arzobispo una gran campaña, para visitar 837.000 familias en la diócesis. Se hacía a todos esta brusca pregunta: “¿Sabe Ud. algo sobre la Iglesia católica? Queremos que Ud. se interese en ella”. Respuestas: 25.000 no católicos declararon el deseo de tener tal información. Como parte de la cosecha recogida, 3200 no católicos fueron recibidos en la Iglesia en 1937.

En la parroquia de Santa Cecilia de Chicago, en 1957, nada menos que 485 personas se inscribieron para recibir instrucción en las clases de catecúmenos. El aspecto prometedor de estas cifras ante tal posibilidad, no se para en los límites. Pasada la línea, existe la misma clase de gente y las mismas perspectivas.

Hemos notado también que en el informe de 1957 sobre el Brasil se afirma que se consiguieron 400 conversiones de los venidos del protestantismo. Es posible que digáis que este número no es de una importancia notable. Pero es una conquista que se hace por primera vez. Hasta ahora, la marea ascendía por la otra parte: una enorme y angustiosa ganancia por parte de los protestantes. Esos 400 de ganancia pueden Ser el cambio de la marea ascendente por nuestra parte, y, sin embargo, no hace sino cinco o seis años que la Legión trabaja en Brasil.

Concluyo con un pequeño estudio sobre la historia. Antiguamente se creía que la Iglesia visitaba al rey o jefe y lo ganaba para la Iglesia. Y luego, él tenía cuidado del pueblo. El pueblo se reuma alrededor de la pila bautismal. Sabemos que el Señor usó también de este método. Gran parte del cristianismo en el mundo se formó por ese procedimiento. Muchos han quedado tranquilos con esa idea. Todo ello es muy sencillo, si uno lo puede así resolver. Es mucho más sencillo molestarse con una persona que con millones de ellas. Pero ese método no los conservará cristianos. No impedirá que broten todos los más horribles males. Ni producirá una fuerza de avance apostólico en la Iglesia.

En la “Historia de la Reforma” de Felipe Hughes, el autor resuelve el hecho en cada caso, diciendo que el reyezuelo determina el destino del pueblo. Lo que era el reyezuelo, termina por ser el pueblo. Si era católico, el pueblo seguía siéndolo. Si era protestante, el pueblo se hacía protestante. Irlanda fue una excepción, que no fue precisamente una excepción, porque los jefes eran extranjeros. En otras palabras, fue tal el catolicismo de estas gentes, que siguió la dirección del viento o de las mareas.

La impresión que se saca del estudio de la Reforma es que el principal objeto de atención no era el pueblo, sino que se concentraba en la gente principal, especialmente en el reyezuelo.

Más tarde, la revolución francesa llevaba tras de sí al pueblo, separándolo de la Iglesia, y la revolución rusa hacía ateos a los pueblos. Apenas había quien se mantuviese en sus ideas y dijese que no. Ha quedado para China el saber mantenerse en su religión.

De estos residuos y remanentes se forma la religión de la gran mayoría de los habitantes del mundo. Pero ¿qué más elevadas alturas alcanza el nivel religioso en nuestra tierra? No, no debemos fiamos ni de gobiernos, ni de actas del parlamento, para hacer o conservar a la gente buena, ni de la costumbre, ni del ambiente, para implantar el cristianismo total en el corazón de cada uno de nosotros. Pero queda claro, que *un hombre individual* es imposible que lo consiga. No puede él tratar sino con la gente en general. Tiene necesidad de reunir socios para propagar la idea, de suerte que, por medio de ellos, él pueda llegar y hablar a todos y cada uno de los hombres. Su gran modelo es, sin duda ninguna, nuestro Señor, cuyo fin principal en la tierra, en cuanto podemos alcanzar, fue la formación de sus apóstoles. El les enseñó y los llenó de su espíritu. El se dio a sí mismo de la manera más completa. Los incorporó en su sacerdocio, de una manera que no podéis usar vosotros con vuestros legionarios. Pero lo que vosotros podéis transmitirles, debéis hacerlo, si no queréis

ser infieles a la idea misma de miembro de la Legión. Parte de la idea es que si vosotros impedís el crecimiento de los socios, impedís también el crecimiento en vosotros mismos. Podéis comunicarles parte de vuestro sacerdocio en lo concerniente al apostolado, a vuestro espíritu ya vuestra misión para con las almas. Obrando así, reproducís a Cristo en todas sus intenciones y automáticamente aplicáis su poder.

Aun en esta, comparativamente nueva, etapa de su historia, la Legión de María ha demostrado lo que puede hacer. Ha probado que el personal ordinario de la Iglesia puede movilizarse, y así se pueden discernir posibilidades tales como no existieron antes en la Iglesia. Si los sacerdotes hicieran solamente lo que vosotros habéis hecho, apreciarían vuestra obra y la aceptarían con todas sus consecuencias; agruparían en su derredor los elementos voluntarios de su grey, los instruirían y los llenarían de fuego sagrado. No es cuestión de fe o de esperanza, sino de persuasión actual, para que todo el mundo pueda revolucionarse, mientras vivimos en este mundo, que para muchos de nosotros no será por largo tiempo.